PEDRO ZARRALUKI

Galería de enormidades



Narrativas hispánicas

Editorial Anagrama

Annotation

Una serie de relatos que componen un paseo lleno de humor por las anécdotas de la vida urbana con el convencimiento de que, tal como todo buen poema es en gran medida obsceno, toda buena anécdota resulta siempre escandalosa.

Pedro Zarraluki

Galería de enormidades

Una primera versión de este libro se publicó, en edición limitada, en Mascarón (1983).

La presente es una edición corregida y aumentada.

Portada:
Julio Vivas

Ilustración: foto © Josep Gri, Barcelona 1988

Pedro de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1775-7
Depósito Legal: B. 7247-1989



I. Galería de enormidades

EL FINAL DE ORÍGENES

En el barrio de San Gervasio hay una mansión oscura, agazapada tras un pinar reducido pero muy denso. Pocas son las personas que bordean los muros de su jardín, y las que lo hacen la suponen abandonada, tal es la sensación de vacío que producen las fugaces visiones que de su interior, a través de grietas y de verjas, se pueden conseguir desde la calle. Yo mismo había pasado alguna vez por delante de la cancela por la que accedían en otros tiempos los carruajes, y me había detenido a observar la belleza del abandono. Nadie sabía —y, a pesar de todo, me enorgullezco de haber sido elegido por él para desvelar el secreto— que tras aquellos muros, camuflado por un vergel decadente, vivía el famoso Senégiro, autor prolífico de incontables obras. Todo lo relativo al sabio había pertenecido siempre al más insondable de los secretos, y se llegaba a asegurar, en algunos círculos entendidos, que la firma de Senégiro camuflaba a una organización de escritores y de ensayistas, tal era la vastedad de su creación. Fue seguramente mi convencimiento de que esta teoría era falsa, y la defensa de mi tesis en un opúsculo que, aunque primerizo, tenía cierto valor como luego se demostraría —y al que titulé «De las propiedades de la cebolla a las desventuras de una cortesana, de las desventuras de una cortesana al estudio de la fatalidad, del estudio de la fatalidad a cómo y dónde fumar un habano: Senégiro, el conocimiento universal»—, los causantes de que el genio me seleccionara para acceder a su misterio.

Un criado con levita me hizo llegar la invitación. Senégiro me concedía cinco minutos de su precioso tiempo porque necesitaba hablar con alguien, y me suplicaba que no lo revelara y que, por supuesto, acudiera sin acompañantes. De lo contrario no me recibiría. Cumplí las instrucciones, y una mañana plomiza me personé frente a la verja de la mansión. El criado no tardó en aparecer, y me franqueó el paso con una cortesía digna de las mejores historias decimonónicas. Me precedió en silencio hasta llegar a la casa, y me condujo por lo que parecía una pequeña nave de iglesia hasta un sitial adherido a la pared. Entretuve la espera observando la magnificencia de la decoración. Las baldosas, de colores opacos, trazaban complicadas geometrías, y los techos eran de madera labrada. Al fondo del salón descansaba, casi agresiva en sus volúmenes de tótem, una copia —preferí pensar que era una copia— del busto de Pound que tallara el fugaz Gaudier-Brzeska. De haber tolerado Senégiro las visitas, se hubiera podido sospechar que aquel era el salón de embajadores del autor, destinado a sorprender a los emisarios de monarcas lejanos. Pero, dado el carácter del genio, resultaba evidente que la voluptuosidad del recinto respondía tan sólo a un capricho estético de su propietario.

No iba a ser ésta, como se verá, la única sorpresa que me deparara la

audiencia. Un bedel cansino, al cabo de un rato, me ofreció un papel manchado de garabatos en los que me costó reconocer las formas de un breve texto. Era evidente que lo había escrito el propio Senégiro: «Para eludir la molestia de las presentaciones le suplico que lea esta sucinta introducción a nuestro diálogo. Según san Epifanio, Orígenes escribió seis mil libros a lo largo de su vida. Por este motivo, quizás algo romántico, decidí que mi "Opus 6.000", que estoy concluyendo, fuera una aproximación a la obra de tan ilustre alejandrino. Me refiero, por supuesto, al Orígenes "Adamantino", y no al hereje egipcio que enseñara que el matrimonio había sido inventado por el diablo. Pues bien, el desarrollo de esta obra me ha llevado a una conclusión que considero reveladora.» Mi mirada se posó sobre los monumentales ojos de Ezra Pound. Si no recordaba mal, Orígenes fue uno de los primeros grandes doctores de la Iglesia, tan prolífico como Senégiro. Era un apologista radical, un asceta empedernido que, según dicen, llegó a la castración como práctica mortificadora. Debió de asustar al obispo Demetrio, que le consideró incompatible con el hábito talar. Habrían transcurrido poco más de doscientos años desde la crucifixión de Jesucristo, y yo me preguntaba, desde mi efímero presente, qué podía haber revelado a un hombre como Senégiro tan antiguo pensador. Algo tan importante como para citar a un reportero a los que el genio, como todo el mundo sabía, nunca había querido recibir.

La respuesta no tardaría en llegar. El bedel interrumpió mis interrogantes para anunciarme que podía seguirle, y nos encaminamos por una galería embellecida con múltiples óleos. Como viera que me entretenía en estudiar las firmas, mi acompañante me apremió con un carraspeo. La galería desembocaba en un pesado portón de hierro. El bedel tuvo que emplearse a fondo para abrirlo, y me indicó que podía pasar. Descendí por una escalera de piedra muy empinada, hasta alcanzar una bóveda hexagonal. En cada uno de sus ángulos, bajo una antorcha, un mayordomo leía en voz alta un texto diferente. En el centro, frente a un gran despacho y entre dos candelabros, el anciano Senégiro me esperaba con una sonrisa. Cuando habló, su voz resonó como un eco por todas las esquinas: «Bienvenido a mi santuario, querido amigo. Como verá, no soy precisamente heliófilo. Odio los excesos, y el peor de ellos es el exceso de luz. Pero no quiero entretenerme. Habrá leído mi nota.» Asentí con un gesto. Hasta el momento no había pronunciado palabra, pero suponía que Senégiro no hubiera admitido preguntas. En efecto, prosiguió sin esperarlas. «Mi estudio sobre Orígenes supera sin lugar a dudas a todos los efectuados hasta el momento. Esto se debe en parte al enorme caudal de datos que he podido reunir, y en parte a una serie de afinidades que he ido encontrando entre el doctor y mi persona. Estas afinidades, que en un principio juzgué curiosas coincidencias, me llevaron a una conclusión que, no por asombrosa, deja de ser irrefutable desde mi punto de vista. *Yo soy Orígenes,* devuelto a la vida por una naturaleza que no reniega de sus genios. No me pida que se lo demuestre porque me resulta imposible, pero sepa que estoy absolutamente convencido, y que tengo motivos de sobra para pensar

así.» Quise intervenir con la única intención de expresar mi asombro, pero Senégiro alzó una mano. «Su papel aquí es testimonial. Siéntase espectador, y no caiga en la tentación de opinar. Sólo falta la conclusión. Puesto que yo soy Orígenes, no quiero intentar superarme. Esta obra, que entregaré en breve a mi agente editorial, será la última que escriba. Deseo retirarme a un lugar apartado para dedicarme a buscar ese recuerdo tan remoto que he descubierto en mí. Es atroz, ¿verdad?» Afirmé de nuevo con un gesto. El sabio se había puesto a escribir, y comprendí que esperaba que me retirase. Ascendí la escalera sin pensar en nada, dominado aún por el asombro que me había causado tan ingenua declaración. El bedel me acompañó por la galería hasta el salón de entrada. A medida que lo atravesábamos llegué a la conclusión de que el sabio padecía delirio senil. Resultaba evidente que hasta los grandes genios pierden la memoria y la confunden cuando alcanzan el último declive. Recorrí el jardín, y un criado abrió la verja y me saludó con una inclinación del torso. El cielo, plomizo, pesaba sobre Alejandría. Decidí confesar a nuestro obispo Demetrio, al que me unía cierta amistad, los desvarios de Orígenes. Ni un sabio como él puede permitirse la locura de afirmar, aunque sea en privado, que renacerá dos mil años después, y que continuará su obra bajo el anagrama de Senégiro.

JUDITH, FALSA ARTISTA DE VARIETÉS

Tardé mucho tiempo en descubrir mi talento, y aún hoy, poseedora de la fuerza que me da el conocerme, olvido a menudo mis deberes con el destino. Siempre he buscado un papel a la altura de mis posibilidades, desde el día en que —desnuda bajo un abrigo de nutria, pues adoraba en aquella época las insinuaciones del amor— abandoné el hogar de mis padres para entregarme a la pasión de un literato en ciernes. Creía que así, poseída por un hombre, laboriosa y fecunda, encontraría el éxtasis que me liberase del aburrimiento. Mantuve a aquel joven poeta, a costa de grandes esfuerzos, mientras le duró la voluntariosa determinación de escribir. Y él, desesperado por no poder corresponderme con la gran obra que esperábamos, repetía mi nombre —¡Judith!, Judith!— siempre al borde de la depresión, en una especie de desmayo onírico que me enloquecía de deseo. La noche en que, movida por aquel amor intolerable, me desnudé ante un hombre al que despreciaba y le entregué mi cuerpo a cambio de que publicara el brevísimo opúsculo que había logrado crear mi poeta, me sentí protagonista de la renuncia más sublime. ¡Qué inocente era! Poco tiempo después de la aparición del librito mi amante se dejó tentar por otro tipo de halagos, y abandonó la literatura. Le vi entonces como lo que realmente era: un mentecato desprovisto del menor interés, autor de una obrita —impresa gracias a mi belleza— que, releída sin el velo obnubilante de la pasión, revelaba una vulgaridad casi obscena. Me sentí estafada por la mediocridad de aquel individuo al que creía digno del Parnaso. Le rompí una botella de wodka en la cabeza, y decidí refugiarme en casa de un amigo afecto al saxofón y a los estimulantes. Con él conocí el escaso mundo de la noche en esta ciudad de abúlicos, que resultó excitante a pesar de todo. Supe olvidar los horarios más elementales y aprendí a no sorprenderme por nada, aunque puse buen cuidado en no enamorarme del músico ni de nadie, pues había resuelto no dejarme embaucar de nuevo. Poco a poco forjé una personalidad diferente en la creencia de que estaba encontrando el papel digno de mis posibilidades, que si explico todo esto no es por dar publicidad a mi vida, sino para demostrar hasta qué punto nuestra conducta se reduce a la representación de un papel que en parte hemos creado y que en parte somos. Me dejé el cabello suelto, exuberante y rizado, y perdí algo de mi compostura. Los que me conocían empezaron a llamarme «la existencialista», y yo gustaba recrearme en una caída vertiginosa al más profundo de los vacíos. La verdad es que llegué a creerme el papel —siempre he sido sincera—, y que mi intento de suicidio fue honesto. Renací casi de milagro, pues me había cortado una arteria y sólo la habilidad o la suerte de un médico despavorido pudieron atajar el deseo de mi perturbada voluntad. Y volví a la vida, una vez más, con la sensación insoportable de haberme equivocado de personaje. Yo no era esa muchacha herida por las primeras

luces de la madrugada, enfangada en la más apasionante desesperación, ilustrada y suicida. Descubrí la frivolidad, y abandoné el mundo en el que me movía con la impresión de estar saliendo a la luz. Y salía a la luz, desde luego, pues los colores perdieron la carga de gris que los ensombrecía, y mis ojos la hinchazón del exceso. Cultivé mi belleza, hipócrita y delicada, hasta dotarla de la más atractiva sensualidad. Aprendí a sonreír con todo el cuerpo y a mirar tan sólo con los ojos. Un conocido, escandalizado por mi nueva apariencia, me presentó a un anciano empresario, amable y caprichoso, que pidió verme desnuda y oírme cantar. Dijo que sólo contrataba grandes estrellas, pero que yo podía llegar a serlo. Tras algún titubeo —el hombre padecía de parkinson y pensaba lentamente—, accedió a darme pequeños papeles, y así me encontré en un escenario disfrazada de marinero, ante un público divertido por aquel lobo de mar con piernas impúberes y unos pechos que parecían jugar a los despropósitos bajo el uniforme. Salía en todos los coros, siempre de segundona, pero no tardé en advertir —y lo advirtió también el empresario— que se me esperaba con impaciencia. El mismo patrono, a pesar de su edad, se convirtió en un admirador de mi arte. Me observaba entre bastidores, atento a mi éxito impaciente, con la sonrisa benévola del anciano enamorado. «Tendremos que prepararte un número —me decía—. ¡Eres tan inocente!» Pero yo sabía —lo empecé a saber en aquella época— que mi destino apuntaba mucho más alto. Me dejé arrastrar, sin embargo, por el vórtice de la creciente popularidad. Mi número, con una coreografía deslumbrante, tuvo un éxito sin precedentes y poco tiempo después la fachada del teatro enmarcaba mi nombre —Judith!—, escrito con centenares de bombillas. Y fue una noche, brillante como todas, mientras reposaba en mi camerino después de la representación, cuando recibí la visita que iba a cambiar de nuevo mi papel. Lo supe de inmediato en cuanto vi a aquel hombre demasiado corpulento para ser elegante, barbado como un profeta y altivo como un noble, que me tendió unas manos en las que se perdieron las mías. Supe también que no iba a enamorarme de él puesto que ya era incapaz de enamorarme de nadie, y la serenidad que me daba esta certeza me permitió aceptar su oferta. Pocos podrán entender mi decisión; tan sólo aquellos que aspiren a no detenerse nunca. Olvidar mi éxito en el teatro era muy fácil, pues era consciente —lo sabía por medio de un instinto inapelable— de que mi gran papel no lo iba a encontrar allí. Debía dejarme llevar por todo aquello en lo que reconociera el timbre de mi destino, y aquel hombre personificaba esa creciente aspiración. Tuve que eliminar los restos de un pudor del que creía haberme ya liberado, lo cual no fue difícil, pues poseo una tenacidad de hierro. Actuábamos en locales privados, frente a un público exiguo. El gigante barbado me maltrataba con suavidad, imponiendo su sexo de forma implacable pero magnánima, y me poseía sin provocarme placer ni dolor, paladeando la exhibición de su arte. Supe que era famoso en esta disciplina, y uní mi encanto a su poder con el convencimiento de estar creando un número explosivo. Nos hicimos los amos de aquel teatro subterráneo, mágico y prohibido, y hoy vivimos en el

esplendor de una gloria oculta, siempre derrochadora como todo aquello que nace del deseo. Ignoro aún el camino que debo escoger, pero en los momentos en que mi *partenaire* me toma con mayor violencia me gusta sonreír a mi público, perturbando el anonimato de su reposo con la complicidad de mi gesto. Sé que todo el mundo conoce a Judith y Holofernes, y que todos saben que Holofernes encarna el poder y Judith la inteligencia. ¡Qué triste ha de ser el acto de posesión, qué lejos está de la entrega, de esa anuencia esquiva, realmente dominadora! Quizás —lo presiento— estoy encontrando mi verdadero papel. El público me sabe débil pero indomable, y en mis manos está hallar el momento dramático. No puede permanecer todo igual, siempre. Debo crear un epílogo, y ese epílogo ha de ser coherente con mi doctrina, despreciable y sublime a la vez.

* * *

Judith se muestra cada día más misteriosa. Se me entrega en el escenario con una lasitud casi suicida, pero mantiene un distanciamiento absoluto reconocible tan sólo por mí, que la poseo. Supongo que no debo preocuparme, pues resulta igualmente encantadora... Hoy he tenido un sueño absurdo. Judith estaba sobre unas ruinas, y una multitud la contemplaba en silencio. El cielo, cubierto de nubes grises, apagaba los colores de las ropas y diluía el paisaje en un tono plomizo. Judith, con la serena arrogancia de una actriz, alzaba los brazos para mostrar a la multitud mi cabeza, y todos sabían que había sido ella, en la intimidad de la alcoba, la que la había cortado. ¡Qué alarde de maligna supremacía! ¡Es tan inocente, Judith!

LOS GUERREROS DE BRONCE

La injusticia puede manifestarse de mil maneras, pero la más trágica es la que se ceba en la vida, pues el soplo divino nos resulta inaccesible. Entre nosotros nacen creadores incapaces de controlar su limitado poderío. No podemos producir la vida, pero sí podemos imaginar la belleza, y ésa es nuestra fuerza y nuestra perdición... Aunque la historia que os refiero se inicia muchos siglos atrás, daremos cuenta tan sólo de aquello que alcanza el recuerdo. Hace bastantes años, un buceador apasionado —«*...anche archeologo dilettante*», según pude leer en una revista— descubrió, sobre el lecho marino, algo que parecía un brazo. Dicen que en un principio creyó que se trataba de un cadáver, pero es difícil imaginar que, ante la posibilidad de que fuera una estatua, interpretase de manera tan banal aquella aparente forma humana. Sea como fuere, cuatro días después, y con ayuda de balones hinchables, eran izados a la superficie los dos guerreros que conmocionarían al mundo. En aquel momento inspiraron tan sólo breves notas de prensa, pues su belleza quedaba oculta bajo los sedimentos que el mar, conchabado con el tiempo, había depositado sobre sus cuerpos.

Pasaron los años, y la existencia de los guerreros se difuminó en el tráfago de acontecimientos. Se había puesto en marcha, sin embargo, el complicado proceso de restauración que devolvería la vida al bronce. Se emplearon las técnicas más sofisticadas, la gammagrafía y el ultrasonido, para vaciarlas de detritus y eliminar las incrustaciones. Se detuvo el proceso corrosivo, y lenta, muy lentamente, fueron desvelándose sus más sutiles secretos: las venas del dorso de las manos y aquellas que descienden, sinuosas, sobre los músculos abdominales; el marfil de los ojos y la plata de los dientes; el desorden equilibrado de los rizos de la barba, del cabello o del pubis; la superficie de bronce, con su enigmática paradoja de opacidad y de brillo. Nueve años tardaron los especialistas en minimizar los destrozos de veinticinco siglos de reposo oceánico. Cumplido su trabajo, anunciaron el retorno de los guerreros sin poder imaginar, seguramente, el revuelo que iba a causar la noticia. Tan sólo en Florencia, donde tuvieron sus primeras —y breves— apariciones en público, medio millón de personas acudieron a admirarlos. La prensa se entregó a la búsqueda de adjetivos, y los críticos se apresuraron a incluir a los bronces en sus códices. El propio presidente de la República, aturdido por tan monstruosas manifestaciones, invitó a los guerreros a su Palacio del Quirinal, que embellecieron durante dos semanas. No voy a insistir en esta conmoción que agitó a todos los amantes del arte, ni me atreveré a apuntar, tal como hizo Moravia, a los efectos de los *mass media* para explicármela. El largo viaje iniciado en la playa de Riace iba a concluir en el Museo Nazionale de Reggio Calabria, en donde fueron instalados los dos guerreros. Pero la leyenda no había hecho más que comenzar. A su insólita belleza se unía el misterio de su

identidad, y las firmas más ilustres entraban en polémica a la hora de atribuirles un creador o de señalar su procedencia. Y estos niveles de erudición se desvanecían en un hálito de misterio, pues los guerreros ostentaban su belleza como única y sublime identificación. Durante unos meses aguantaron, rígidos sobre los pedestales, la observación apresurada, el aliento tibio de su público y el silencio cálido de las noches. Pero a finales de verano, cuando el mar empieza a cubrirse de insólitas sugerencias, cuando las olas parecen de plata y el aire se vuelve fresco y gris, cuando el paisaje pierde el color y se metaliza, un atardecer que era el digno colofón para un día turbulento, los guerreros descendieron de sus pedestales. El mayor, que precedía a su congénere, acabó de un manotazo con un guardián que no supo temer a lo imposible, y los guerreros abandonaron el Museo sin provocar otro sonido que el lento clamor de sus pasos. La reacción, que se produjo de inmediato, fue unánime: Los guerreros habían cobrado vida porque no podía ser de otra manera. Su autor había rozado la perfección de un dios, y los dioses, aunque quizá coléricos, se habían visto obligados a dotarlos de una vitalidad merecida. Todo era como debía ser y, sin embargo, antes de que los guerreros abandonaran Reggio Calabria se produjeron los primeros alardes de incredulidad. La policía, alertada múltiples veces, tardó en acordonar el paseo de los bronces, que dejaron varios muertos entre la multitud curiosa y asustada. El cerco policial se estabilizó en espera de unas órdenes que no llegaron nunca. Y el público, en estricto silencio, sin atreverse a vitorear a las estatuas por el milagro ni a vituperarlas por sus crímenes, se arremolinaba en reflujo constante, pues la reciente experiencia le había enseñado a no cruzarse en su camino. La belleza, al ganar la vida, se había hecho ingobernable.

Ya no bastaba con admirar a los dos guerreros. También había que temerlos, pues se movían guiados por una idea secreta, por un calor —o por un frío— que brotaba de su propio misterio, de esa identidad olvidada tras veinte siglos bajo el mar. Los que lo vieron dicen que sólo en movimiento se podía admirar toda su belleza, pues a la dureza del bronce de que estaban hechos oponían la agilidad de los atletas. Eran tan enconadamente magníficos que los muertos se multiplicaron entre los admiradores que burlaban el cerco policial para tocarlos, olvidando que eran guerreros de otro mundo y que habían renacido, por derecho propio y por designio oculto, en un tiempo que no les pertenecía.

Se internaron en la noche, siguiendo la costa. La luna se perdía en sus espaldas, condenada a los reflejos caprichosos del bronce, que tanto absorbía la luz, negándola, como la proyectaba en el rápido destello de un músculo. En las afueras se hizo más fácil seguirlos, pero los guerreros, al notar la tierra desnuda y la presencia próxima de vegetación, parecieron enardecidos por una súbita premura. Aunque no llegaron a correr, gran parte de la multitud fue quedando rezagada y sólo los más jóvenes pudieron acompañarlos en su huida. Los dos guerreros habían tenido un despertar sereno en un lugar extraño, y se habían puesto en marcha con la elegancia triste de los vencidos. Estaban cautivos en un mundo insólito que les había sorprendido tras un

sueño breve, casi eterno. No podían aspirar, pues, sino a una rebeldía que obligara a su enemigo, demasiado numeroso para necesitar la crueldad, a proporcionarles una muerte digna.

Su paseo terminó en una playa. Se internaron en la arena con la determinación suicida de los que pueden elegir el escenario de su muerte, y caminaron hasta hundir sus pies en las olas. Y allí, con las espaldas protegidas por el mar que les había servido de lecho, se aprestaron a luchar. La multitud reaccionó de la única manera posible. Quizá los guerreros deseaban morir, pero su belleza no iba a perderse en una corrupción ajena a su esencia. Los bronces no podían entenderlo, pero se hacía imprescindible devolverlos al pedestal y obligarlos a la inacción. Su vida era del todo lógica pero demasiado contradictoria, y del desenlace de su maldición dependía un equilibrio inevitable y necesario. La luna, esférica, tiñó de argento la batalla, que fue horriblemente cruenta. Dada su maestría y su aleación los guerreros resultaron ilesos, aunque cargados de cadenas. La arena bebió aquella sangre que no alcanzaban las olas, y la multitud, cargada con el peso inestimable de sus cautivos y con la lasitud obscena de sus cadáveres, emprendió el regreso a la ciudad. Aquella misma noche fundieron los pies de los guerreros a sus pedestales.

Un tiempo después, con ocasión de un viaje, pude admirar la belleza de los bronces. Los dos guerreros, inmoderadamente perfectos, parecían exigir el movimiento con cada uno de sus músculos. Estaba preguntándome si no sería justo que se les regalara la vida, cuando un anciano que se encontraba a mi lado murmuró unas palabras. Me volví hacia él, y me saludó con una leve inclinación del torso. «A pesar de todo —repitió—, quizá existan los dioses, aunque sólo sea para imponer la justicia. Ese es nuestro viejo temor... Piense en Miguel Angel. No en vano dejó inconclusos sus esclavos. Los libró así de una manumisión por lo demás imposible.»

EL ESPECTRO GALANTE

La señorita Diana nunca utilizaba la mirilla de la puerta. De haberla usado aquella primera noche de invierno quizá no hubiera conocido a Estantiguo, pero la señorita era una solterona enérgica acostumbrada a la soledad, y consideraba el miedo —con esa dureza de los que repudian lo que desean— un pasatiempo emocional de las jóvenes timoratas. Cuarenta años de aburrimiento le habían demostrado que a fin de cuentas el mundo no era tan peligroso, y por eso aquella primera noche de invierno, como siempre que sonaba el timbre, no perdió el tiempo averiguando la identidad del intruso. Al abrir la puerta, la sorpresa asomó a su rostro tan sólo un instante. No había nadie en el rellano, pero un viento gélido, acompañado de un sordo rumor, se deslizó junto a ella hacia el interior de la casa. La señorita Diana, que odiaba las bromas, emitió una maldición como réplica y cerró de nuevo la puerta. No sabía aún que Estantiguo había entrado en su hogar, pero el fantasma se iba a dar a conocer de inmediato. En el comedor, la señorita se percató de que el florero que utilizaba como centro de mesa estaba vacío, y se propuso comprar un ramo de flores la mañana siguiente. Se sentó al piano, y estuvo tocando *The man I love* durante un rato. Cuando se volvió, movida por el ligero vacío que produce el hambre, el florero soportaba un espléndido ramo de flores. La señorita Diana permaneció inmóvil junto al pesado John Spencer. Esta vez tardó más en reaccionar, pues no podía culpar a nadie de su sorpresa. Recorrió el salón con la mirada, salió al vestíbulo para comprobar que la puerta estuviera bien cerrada, y se internó en la cocina, aturdida por una duda indefinible. En el momento de encender el fogón, un ruido de cristales le hizo dar un respingo. Un poco asustada, aunque movida por una gran curiosidad, se asomó apresuradamente al comedor. El florero se encontraba ahora sobre el piano. La mesa, puesta con exquisita delicadeza para dos personas, se intuía en el hálito tenue de las velas. Una copa, sin embargo, se había roto sobre las baldosas. La señorita Diana, aunque un tanto halagada por el romanticismo de su misterioso admirador, emitió una retahila de improperios mientras recogía los cristales. Los tiró a la basura. Cuando regresó al comedor, una fuente brillaba en el centro de la mesa. Verdaderamente admirada, la señorita tomó asiento en su lugar habitual y alzó la campana de plata. Una nube aromática perfumó la habitación en torno a los volúmenes suaves de un faisán. El veterano olfato de la señorita no dudó en apreciar que estaba preparado con salsa de frambuesas. Permaneció en silencio unos instantes. Miró a sus espaldas, y volvió a mirar el faisán. Estantiguo, viendo que se encontraba demasiado desconcertada, optó por servir el vino. Al ver moverse la botella, la señorita soltó un grito breve, que fue más de admiración que de pánico. Su rostro ilustró el gran esfuerzo que realizaba para explicarse lo que ocurría. Pero no tenía miedo, pues una mujer nunca teme a los espíritus galantes.

Instantes después la señorita servía el faisán. Antes de que pudiera probarlo, la copa de su invisible admirador se alzó en el aire y se detuvo a la altura del brindis. La señorita decidió seguir el juego que empezaba a atribuir a su alterada sensibilidad. Los cristales se encontraron, y la señorita se llevó la copa a los labios. Sin embargo, no pudo evitar atragantarse al ver que la otra copa vertía su contenido en el vacío. Se apresuró a probar el faisán. «Exquisito», dijo, alzando la mirada hacia la silla vacía. Pero de inmediato la arreboló la vergüenza, y terminó la cena en un silencio impenetrable.

No sabiendo qué hacer, y sin tener nada que reprochar a aquella asombrosa presencia, se retiró a su alcoba sin molestarse en correr el pestillo. Había decidido atribuir todo aquello a un engaño de su fantasía, y por lo tanto no era necesario tomar precauciones. En el momento de desvestirse, como cada noche, frente a la gran luna del armario, la asaltó sin embargo un absurdo pudor confundido con un levísimo soplo de lascivia. Estantiguo, aun a riesgo de perder su conquista, se apresuró a mostrar su presencia a la manera tradicional de los fantasmas. Pasó tres veces entre la señorita y el espejo, y por tres veces perdió ésta su imagen en el azogue. Aquello delataba al espectro, pero Estantiguo hubiera sido incapaz de utilizar su condición para violar la intimidad de una dama. Y ella reaccionó tal como esperaba el fantasma. Sus dedos, que el pudor había detenido en el primer ojal del vestido, se pusieron lentamente en movimiento. La señorita Diana había decidido no dejarse impresionar por su fantasía, pero la voluptuosidad de sus gestos revelaba una inconfesable esperanza. Estantiguo vio caer el vestido a los pies de la señorita, seguido por sus prendas íntimas. La encantadora dama se observaba en el espejo, seducida por su propia desnudez. La invisibilidad del fantasma hacía más fácil su entrega, que se evidenciaba a pesar de todo en la complacencia sensual con que eludía la presencia del camisón sobre la almohada. Atravesó el dormitorio con la elegancia que sólo tienen las mujeres para andar desnudas. Buscó las excusas más triviales para mostrarse por entero a una presencia adorablemente inexistente, y la latencia de su deseo le dio el valor necesario para aceptar lo inevitable. Con la lenta, maravillosa resolución de la mujer enamorada que se entrega por vez primera a un hombre, se tendió sobre la cama y apagó la luz. De inmediato notó un soplo de aire gélido que le recorría el estómago. Tuvo un momento indeciso y pretendió cubrirse con las sábanas, pero su deseo había quedado demasiado patente para que el fantasma admitiera dudas. Un peso excesivo inmovilizó a la señorita, que se sintió acariciada por algo asombrosamente suave, aunque muy frío. La dama aventuró un leve intento de rebelión, pero la suavidad de su galán consiguió que se abandonara al abrazo. Los músculos de la señorita se distendieron, al tiempo que se agitaba el ritmo de su respiración. Y cuando un fuego abrasador presionó sus labios, la señorita gimió súplicas y protestas, pero ya sin defenderse.

De esta manera se introdujo Estantiguo en la comunidad. La señorita Diana, que gozaba de una intachable reputación, se apresuró a confesar al párroco sus

apasionados encuentros con el fantasma, así como su impotencia para resistir la tentación. Y el sacerdote, obviamente, le aconsejó que no fantaseara y le recomendó lecturas piadosas para entretener sus insomnios. De nada sirvieron, sin embargo, las prudentes medidas del ministro. La señorita Diana había sucumbido con una complacencia de mujer satisfecha y, no contenta con olvidar sus deberes cristianos, paseaba cada tarde del brazo de un hombre inexistente, levantando todo tipo de murmuraciones. Los parroquianos no tardaron en tildarla de loca, y un grupo de indignadas mujeres visitó al sacerdote para exigirle que pusiera fin a aquel concubinato delirante. El clérigo, que era un hombre sensato, visitó a la señorita por ver si en su hogar se apreciaban huellas de una convivencia impura. Su inspección resultó infructuosa, aunque la señorita, siempre acalorada al referirse al tema, hizo una discreta ostentación de su pecado. El párroco quedó muy indignado por aquella demencia que combinaba la doble culpa de lujuria y terquedad. A pesar de todo, su natural paciencia y un desconcierto comprensible le recomendaron dar tiempo al tiempo. Pensaba así conceder una nueva oportunidad a la señorita, sin advertir que sólo Estantiguo se beneficiaba de la prórroga.

El ministerio de la confesión deparaba nuevas sorpresas al sacerdote. Una dama, joven aunque honesta, casada con un caballero muy respetado por la comunidad, le confesó llorando que era revolcada por una fuerza invisible siempre que su marido se ausentaba, y que no podía evitar sentir un intenso placer en las partes. Y una de las señoras que habían encabezado la protesta contra la solterona enamorada, propietaria de una farmacia, le explicó que algo mórbido y sinuoso se deslizaba por entre sus muslos cada vez que se encaramaba a la banqueta para alcanzar los estantes más altos, y que —en este punto se quedó casi sin voz— se había sorprendido a sí misma ordenando el contenido de esos estantes sin otro motivo que el de sentir aquello.

El sacerdote decidió que la situación era insostenible. Tras verificar con varios médicos, de la forma más discreta posible, la imposibilidad de que algún virus maligno se hubiera extendido a modo de plaga entre las mujeres causándoles extraños paroxismos de lujuria, dio parte de los hechos a sus superiores. Recibió la orden de abrir una investigación y de prepararse, en el caso de que resultara necesario, a realizar un exorcismo junto a un especialista que le haría llegar el arzobispado. Mientras tanto, y sin que el párroco traicionara el secreto confesional, se había hecho pública la galantería del fantasma, y las mujeres seducidas —que en el terreno de la fidelidad tienen siempre algo de *mantis religiosa*— acudían a su confesionario para reclamar la cabeza del conquistador. Hasta la misma señorita Diana, nada más enterarse de los devaneos de su amante, visitó al párroco para suplicarle que pusiera fin a una situación tan escandalosa.

El buen sacerdote, aunque no acababa de creer en el fantasma, se vio sometido a tantas presiones que optó por reclamar la presencia del exorcista. Este no tardó en anunciar su llegada, y el párroco, bastante desconcertado, se

preparó para recibirle. El mismo día en que esperaba al enviado del arzobispo ultimó los informes en su despacho de la parroquia. Agotado por un trabajo tan nuevo y tan confuso, decidió descansar un rato en espera de su invitado. Estuvo leyendo algunos párrafos de la Biblia, y lamentó, como siempre que abría el libro, no disponer de un ejemplar artísticamente más valioso. Cuando se aproximaba la hora de la llegada del exorcista, el párroco decidió despejarse con una ducha. Se encerró en el baño, y se desnudó de espaldas al espejo, al tiempo que colgaba la ropa de unas puntas clavadas en la puerta. Aunque deseaba relajarse, no podía dejar de pensar en aquella extraña plaga de obscenidad.

Estantiguo, de pie junto al retrete, quedó fuertemente impresionado por el culo carnoso, blanco como el vientre de una gaviota, del inocente sacerdote. Estantiguo era un fantasma respetuoso, pero su fuerza de voluntad se vio debilitada de inmediato, y comprendió que no podría resistir la tentación. En el momento en que el párroco se dirigía a la ducha, Estantiguo materializó en el suelo una Biblia del siglo XVI, un auténtico tesoro. El clérigo, gratamente sorprendido, se agachó para recogerla.

DE NUEVO ANGEIA

Entró en la bahía como una ballena. Era un hombre muy grande, ya lo sabe, y llevaba aún la gabardina negra. El agua lo había hinchado como un globo, y así, de lejos, con la cabeza hundida y el torso enorme, negro y brillante, parecía uno de esos cachalotes que vienen a morir a la playa... Estaba amaneciendo. Padezco de insomnio, ¿sabe?, y eso va muy bien para mi oficio. Me levanto siempre el primero porque ya me duelen los riñones de estar en la cama perdiendo el tiempo. Entonces voy a ver cómo está el mar... No. Aquel día estaba picado. Había una marejada muy traidora, de las que engañan. Era uno de esos días en que los bañistas se asombran de que esté izada la bandera roja. Muchos no hacen caso, y entonces pasa lo que pasa... Estaba mirando al mar, y vi el bulto negro que se acercaba lentamente. Lo primero que pensé era que se trataba de una ballena moribunda, pero enseguida me acordé de él, de lo grande que era y de su gabardina negra, ¿sabe?... Muchas veces me lo encontraba en la playa, al amanecer. Hablábamos del tiempo y de la pesca. Era un hombre de ciudad, pero se notaba que tenía afición por las cosas de aquí...

Me subí a la barca para verlo mejor. Entonces ya no dudé. Era don Pedro, que regresaba. Me fui a avisar a los civiles.

* * *

Sí, comisario. Yo mismo levanté el cadáver. Yo y éste. Nos vino a avisar uno de los pescadores. Era un día precioso, no parecía que estuviéramos en enero. Y el mar en calma, muy tranquilo... Como era tan temprano nos tuvo que despertar el de guardia. Nos demoramos unos momentos, y al llegar a la playa el cadáver estaba varado en la orilla. Lo reconocimos de inmediato, pues era uno de los clientes del hotel. En verano el pueblo está lleno y las caras se confunden unas con otras, pero ahora no hay problema para saber quién es quién. Además, esperábamos que apareciera. Un pescador nos había contado una historia extraña. En un principio no sabíamos si creerle porque esta gente, ya se sabe, todo el día entre horizontes...

* * *

Pasaba aquí muchas tardes, en esta terraza. Es un lugar muy bonito. Se ve toda la bahía hasta el espigón, y queda protegido del viento por el hotel... Se sentaba casi siempre en aquella mesa. Escribía en una libreta de esas que la cubierta hace aguas, un objeto antiguo. Yo estaba satisfecho de tener a un escritor en el hotel. Es un edificio viejo, tiene casi un siglo, y los años le han quitado esplendor. Está repleto de humedades y de pequeñas grietas. Ya no es

lo que era, señor comisario. Hace unas décadas lo frecuentaban muchos aristócratas, pero hoy tenemos pocos clientes... Siempre estuvo solo. No recibió ninguna visita, nunca. A pesar de eso, ocupaba una habitación doble... No es extraño. La gente con dinero suele ocupar habitaciones dobles. Lo hacen por el espacio. ¿Sabe una cosa? Hablaba mucho. Se ve que le gustaba recitar sus propias obras. A veces se le oía durante toda la noche, hasta que las primeras luces apagaban su voz.

* * *

Pase, hombre, pase. Siéntese. Perdone la estrechez pero, ya ve, ésta es una ciudad enorme en donde todo resulta pequeño... Sí, pobre don Pedro, quién lo iba a decir. ¡Si era un toro! No me explico cómo pudo ganarle el mar. Tenía la fuerza de mil demonios... Yo he editado sus obras, casi todas. Escribió muchas narraciones breves y algún ensayo, pero lo más importante son sus cinco novelas... Están ambientadas en lugares diversos. Se podría decir, para entendernos, que se trata de la búsqueda obsesiva de una mujer. La protagonista es siempre la misma, una joven de ascendencia copta... Morena de piel, y de cabello negro muy brillante. La llamaba Angeia, que es una de las nueve vírgenes gigantes de Odín... Sí, muy morena. Don Pedro detestaba las mujeres pálidas... Por supuesto que no, comisario. Se trata de un personaje de ficción. Don Pedro siempre vino a verme solo, y desconozco su vida privada. En cualquier caso, Angeia es un juego literario, uno de esos personajes creados para seducir al lector. Recuerdo que don Pedro me comentó una vez, bromeando, que se había enamorado de ella... Es una mujer de una gran personalidad, un poco loca y un poco sabia. De una belleza y de una inteligencia algo atávicas. No sé cómo explicárselo... Parece una diosa cautivada por la vida.

* * *

Mire señor, yo no soy espiritista ni nada de eso, y estoy en mis cabales. Le puede preguntar a mi marido, que es el conserje. Lo digo porque aquí más de uno se reiría si oyera lo que le voy a decir. Pero es rigurosamente cierto. Tampoco soy una de esas beatas que ven lo que no se puede ver... Sí, sí señor. Yo apago las luces del hotel por la noche. Dejo tan sólo unas pocas por lo de la seguridad. Un hotel es un lugar público, y en los pasillos se ha de ver al menos por dónde se va... Sí. Es sobre don Pedro. Dormía poco. A veces pienso que no dormía nada, porque pasaba las noches hablando y riendo... Sí, ya sé que lo sabe. Lo que no le han dicho es que no estaba solo. Yo pude oír, muchas veces, la risa de una mujer. Se lo juro por el Santo Padre, y que Dios me perdone, pero dada la importancia del trasunto... Era una risa fresca. Sí señor, fresca y joven, como si se rompiera algo muy caro. Y era de mujer.

* * *

Todo el pueblo salió a la playa. Estaba tan hinchado que parecía que le habían saltado los ojos, se lo digo sin exagerar. Recordé que algunos cadáveres estallan y tuve un poco de miedo, pero aun así me acerqué a los civiles para decirles que ahí lo tenían, que yo no había mentido nunca y que no tenía motivos para hacerlo. Casi me aporrearon, porque estaban muy nerviosos. Un cadáver es una cosa muy incómoda de coger... Don Pedro me acompañaba a veces. Ya se lo dije a los civiles aquella noche... Oiga, que yo no he hecho nada. A ver si me voy a meter en líos. Todo fue como se lo dije a los civiles. Ese hombre estaba loco... Me acompañaba a pescar calamares. Tengo una enfermedad. A veces pierdo el oremus. Me desmayo, entiende. Por eso me gusta ir acompañado. Don Pedro se ofrecía a menudo. Decía que le gustaba el movimiento de la barca. Mar adentro se quedaba como atontado mirando las estrellas. No era una gran ayuda, es la verdad... Sí, me habló de una mujer. No recuerdo su nombre. Había viajado mucho con ella, hasta la India, y aún más lejos. Estaba un poco loco, pero era un buen hombre. Me dio mucha lástima verlo tan desamparado, tan muerto.

* * *

Lo trajo ayer el correo. Por eso le he llamado. Pero siéntese... Mire, es el manuscrito de su última novela. Debió de escribirla en el hotel porque está ambientada en ese pueblo. La he leído esta noche. Es muy sorprendente, se lo aseguro... Iba acompañada por una carta. Una autorización para publicarla, nada especial. Tenga... He hecho una fotocopia del manuscrito para usted. Le aconsejo que lo lea. Las últimas páginas le reservan una sorpresa, pero se la voy a estropear. Angeia muere ahogada. No se suicida. Sencillamente sucumbe ante un poder superior, el de su propia inexistencia. Don Pedro estaba muy obsesionado. Llega a decir que Angeia no merecía una novela, que lo que en verdad merecía era haber existido. Un relato muy bello aunque un tanto inquietante. Lleva demasiada carga personal. En realidad, como novela es deficiente, casi impublicable. Estoy seguro de que perderé dinero.

* * *

Esta es mi madre. Tiene noventa años, pero está muy lúcida. Lo que ocurre es que casi no puede hablar. Se pasa el día junto a esta ventana, ¿lo ve? Desde aquí divisa el paseo marítimo, y las barcas... No hace falta que le grite. Oye muy bien, lo que pasa es que se está quedando sin voz. Mamita, mamita, viste a don Pedro, ¿no es cierto?... Dice que muchas veces. Acérquese. No tenga reparo. Está acostumbrada a que todo el mundo se le pegue para oírla... Dice que le vio acompañado. En dos ocasiones. ¿Lo entiende? Acérquese más... Que iba con una joven muy guapa. Era morena, y tenía el pelo largo y espeso,

recogido a un lado de la cabeza... ¿Lo ha oído?... Sí, mamita. Dice que parecía sacada de *El Mundo Ilustrado*. Es una revista de viajes que leía ella, cuando joven. Tiene unos grabados muy bonitos. Guardo por ahí toda la colección.

* * *

Hacía cosas muy raras. Hablaba en voz baja, y se reía. Más de una vez creíamos que tenía visita, pero no era cierto. No haga caso de esa señora. Es la mujer del conserje y la mantenemos por este motivo. El conserje es un hombre muy honrado, muy pacífico. Pero ella, no digo que sea mala, pero tiene la cabeza llena de pájaros. Le confesaré así, entre nosotros, que ha estado internada. No lo comente. Podría deslucir el buen nombre del hotel.

* * *

Ocurrió como les dije a los civiles. El mar estaba un poco movido, pero no parecía que fuera a más. Encontré a don Pedro en la playa y le animé a salir conmigo. Don Pedro estaba normal. La verdad es que era muy apacible... Cuando se hizo de noche encendí el foco para atraer a los peces, usted ya sabe. Estaba de espaldas a don Pedro, pero supe que se movía porque la barca empezó a escorar. Me volví para decirle que se situara en el centro, y entonces pude ver cómo saltaba al agua, muy despacio. Parecía que quisiera darse un baño. Recuerdo que me puse a gritar, a decirle que estaba loco, pues ni siquiera se había quitado la ropa. El me ordenó que me fuera. Lo hizo con voz tranquila, como si estuviera muy cómodo, a punto de dormirse. Yo cogí un remo para obligarle a subir a palos si era necesario. Entonces se enfureció. Nunca le había visto así, un hombre tan civilizado. Agarró la barca por la quilla y empezó a sacudirla. Casi me tira al mar. Me gritó que me fuera de inmediato o que me hundía la cáscara. Aún puedo ver su rostro congestionado bajo la luz del foco... Puse el motor en marcha y regresé a la playa lo más rápido que pude. De allí fui corriendo al cuartelillo, pero los civiles no me creyeron. De todas formas, ya era tarde para salvar a alguien que no quería salvarse.

* * *

En el pueblo se rumorea que fue él quien la mató, pero la verdad es que no hay ningún motivo para relacionarla con don Pedro. Apareció también en la playa, tras una tormenta, dos días después de que encontráramos el cuerpo del escritor. Pero a ella el mar la había tratado con cariño, como si la hubiera depositado en la arena acariciándola. Era una mujer muy morena, casi demasiado atractiva. El agua no la había hinchado, y su rostro mantenía una especié de serenidad consciente, como si aún fuera capaz de controlar su belleza. Nadie supo cubrir su cuerpo desnudo, y los civiles se pelearon entre


ellos y con los pescadores, porque no se atrevían a tocarla.

LA MANO DEL LAGARTO

Un viaje, por corto que sea, resulta siempre algo inquietante. Tanto es así que los literatos, enardecidos por la belleza de las metáforas, le han atribuido propiedades de las que sin duda carece. Aunque admiro la poesía —tema en el que soy un modesto entendido—, mi mundo es el de las fórmulas químicas y no el de las explicaciones creativas. Me preocupan bien poco las iniciaciones a cualquier asunto, y la aventura no es otra cosa para mí que una serie de obstáculos que se han de salvar, nacidos casi siempre de nuestra poca previsión. Y sin embargo todo viaje produce algo de inquietud. Esa desazón profunda —que muchos confunden con el temor— no nace de la contemplación de nuevos paisajes, pues siempre reconocemos en ellos algo de nuestro pasado. El mundo está compuesto por cuatro elementos que son muy nuestros, y cuyas combinaciones todas poseemos en algún lugar del cerebro. Lo que nos angustia no son los lugares, sino las personas. Un viaje es, por encima de todo, un ejercicio de promiscuidad en el que sólo el azar nos relaciona. A poco que nos movamos por el mundo nuestra mirada se detendrá, sin saberlo, sobre las pupilas de un asesino, sobre los párpados caídos de un pensamiento inviolable, sobre los labios de una mujer a la que hubiéramos podido amar hasta la muerte. El compañero de viaje es algo más que una presencia extraña: Es una posibilidad remota. Y de nuevo tropezamos con la literatura, pues no podía ser de otra manera. Para los que amamos los libros, sus argumentos son como un perfume que impregna todas las cosas.

Insisto en que no soy escritor, pero me desplazo a menudo en ferrocarril. De los transportes terrestres, el tren —por su hacinamiento y lentitud— es el que más fomenta la promiscuidad a la que antes me refería. Quiero aclarar que no tomo la pluma movido por el deseo de iniciar una carrera literaria, sino tan sólo para dejar constancia de un suceso increíble del que fui víctima y testigo. Siempre he adjetivado con precisión. Escribo que el suceso es increíble porque soy consciente de que nadie que me lea creerá en él, y que llegará a dudar de mi sospechosa afición por la cordura. Quiero aclarar, también, que tengo una mente algo cartesiana y en exceso ordenada, pero que eso no me impide admirar a los fabulistas que no pueden concebir un camino sin laberinto o un caminante sin pasado. Todos sabemos que la cordura tiene sus fronteras precisamente porque el universo carece de ellas.

Tomé el tren en la capital un anochecer que anunciaba tormenta. Recorrí los pasillos sometido a los codazos de los apremios colectivos, hasta que encontré un compartimiento misteriosamente desierto. El tren se disponía a partir, y ya creía haber alcanzado el placer asombroso de viajar solo, cuando la puerta corredera se abrió con estruendo. Por un momento me sentí sorprendido en el delito egoísta de buscar la soledad, pero el asombro prevaleció de inmediato sobre cualquier otra sensación. Dos hombres, vestidos con uniforme de

mayordomo, transportaban en volandas a un enorme personaje envuelto en una capa negra. Me puse en pie para hacerles sitio, y el personaje me lo agradeció con una leve inclinación de la cabeza. Mi cortesía era innecesaria. Yo estaba sentado junto a la ventana, y los lacayos depositaron a su abultado señor en la primera butaca. Advertí que el hombre carecía de piernas cuando la capa cayó como un telón sobre el asiento. Nos quedamos solos, y crucé con él una breve mirada. Nos separaba la extensión vacía del compartimiento.

—¿Está cómodo? —pregunté.

Parecía que sólo la fuerza de sus brazos le salvase de caer de bruces. Asintió con la cabeza, y desvió su mirada hacia la puerta.

—Como sin duda ha advertido, no puedo moverme. ¿Sería tan amable de correr el pestillo? Me gusta evitar las aglomeraciones.

Cumplí su encargo, y tomé asiento de nuevo. Estas fueron las únicas palabras que cruzamos. Mantenía abierto sobre mis rodillas un libro de poemas, pero era incapaz de abstraerme en su lectura. De vez en cuando contemplaba furtivo a mi acompañante. No se movía. Parecía aferrado a los reposabrazos, hipnotizado por las manchas del suelo. Su mirada era plácida, pero también siniestra. No pude dejar de espiarlo hasta que descubrí la causa de mi ansiedad: Aquel hombre no parpadeaba.

Llovía, llovía incesantemente, y el tren nunca acababa de atravesar la lluvia. Había contemplado a mi acompañante con demasiada insistencia. Pero él, aunque debió de advertir mi descaro, no se molestó en apartar su mirada del vacío. Tan sólo de vez en cuando, como si le venciera la premura o el aburrimiento, tamborileaba con los dedos de ambas manos sobre la madera a la que se aferraba. Pensé que no podría dormirse, pues corría el riesgo de caer al suelo. Tal vez porque me propuse hacerle compañía me sentí atraído por el vértigo del sopor. El sueño fue tomando posiciones como una mujer maligna. Hice lo que pude, pero se aliaron contra mí el traqueteo del tren, los poemas de mi libro y la persistencia de la lluvia. Caí lentamente adormecido contra el cabezal del asiento, y pasaron varias horas hasta que volví a abrir los ojos.

Me sorprendió el amanecer brumoso a través de la ventana. El tren seguía la costa, y la lluvia se mezclaba ahora con las olas. Pocas contemplaciones me son más ingratas que la de ver llover sobre el mar. No existe una escenificación más perfecta del frío en su faceta más desolada, más terriblemente inhabitable. Tardé algunos segundos en reponerme a la soñolencia. De improviso recordé la compañía del hombre de la capa, y me volví hacia él. Seguía en la misma postura, pero me contemplaba en silencio. Daba la impresión de que se había tomado una pequeña venganza, y que llevaba largo rato observando mi sueño.

—Buenos días —dije—. Perdone.

Respondió, como siempre, con una leve inclinación de la cabeza. Me sentía entumecido, y algo molesto por no haber sido capaz de evitar el sueño. Necesitaba un café con urgencia. Fue entonces, al ponerme en pie, cuando noté que me faltaba la cartera. La busqué por todas partes, en mis bolsillos, en

los intersticios de las butacas, bajo éstas, y hasta en el interior de mi bolsa de viaje, aun sabiendo que no la había puesto allí. Mi acompañante me observaba en silencio. Parecía levemente sorprendido.

—¿Ha entrado alguien? —le pregunté.

Me indicó con la mirada el pestillo, que seguía corrido, y volví a registrar el compartimiento. Pero todo fue inútil. La cartera había desaparecido durante mi sueño, y el único que pudo robármela era incapaz de levantarse de su asiento. La situación era tan absurda que tuve que sentarme para considerarla. Como se puede suponer no saqué nada en claro, como no fuera la obvia necesidad de resignarme a haber perdido el dinero y los documentos. Me enervaba la certeza de saber que estaban en mi bolsillo antes de caer dormido, pero nadie podía habérmelos robado. Aunque mi acompañante tuviera una gran fortaleza en los brazos, su corpulencia le hubiera impedido moverse por el estrecho pasillo del compartimiento. Además, hubiera apostado todo lo que me habían robado a que era incapaz de hacerlo. Daba la impresión de ser cualquier cosa menos un vulgar carterista.

Permanecí sentado hasta que llegamos a término, y una vez allí registré de nuevo el escenario de mi pérdida. Resignado por fin, cogí mi bolsa y abrí la puerta que daba al corredor. El hombre me miraba en silencio.

—¿Necesita ayuda? —pregunté.

—Ahora vendrán a buscarme. Se lo agradezco.

—No hay por qué. Ha sido un placer.

Le tendí la mano. Dudó un momento, pero luego me ofreció una palma suave como la de un niño. Al estrecharla, su brazo de trapo pareció ceder ante una gravedad insoportable, y cayó con fuerza en su regazo, sobre los pliegues negros de la capa. Retrocedí aterrorizado, pues su mano, separada de su cuerpo, seguía aferrada a la mía. Al verse libres, los dedos se revolvieron como anguilas intentando escapar del encierro. Solté un alarido de repugnancia y lancé la zarpa contra una de las butacas. Como si fuera una araña, la recorrió con velocidad vertiginosa, saltó al suelo, y de allí al regazo amputado, al muñón que la esperaba entre los pliegues de la capa.

Miré estupefacto al ladrón, que no podía huir. Su rostro afable me sonrió con timidez, como delatado por alguna torpeza ajena. Imperturbable, me alcanzó con la otra mano el billetero. Y perdido el apoyo de sus garras infantiles, cayó de bruces sobre el suelo que tanto había contemplado.

EL PROBLEMA DE LA CAJA NEGRA

El individuo me miró con asombro cuando le pregunté el precio. Sólo cuando le hube aclarado que no me interesaba el candelabro mutilado ni el enorme brasero ni aquel juego de café que prácticamente me regalaba porque eran casi las dos, murmuró una maldición y abandonó la mecedora. Atravesó con dificultades la chatarrería esparcida por el suelo, y me tendió la caja con cierta sorna en la mirada. Era un estuche de madera oscura sin ningún ornamento, a excepción de varias hileras de palancas diminutas. Accioné una de ellas, y pude comprobar que tenía un resorte, pues regresó a su postura original en cuanto retiré la presión de mi dedo. «¡No se puede abrir —exclamó el individuo—, y no me la rompa! Yo ya he intentado forzarla, pero es madera muy buena, caoba de Cuba. Y las llaves, de plata. Una antigüedad.» Esperó un instante mientras yo asimilaba la idea de un estuche que por su tan buena calidad resultara inabrible, hasta que decidió solventar mis dudas con su impaciencia. Me gritó que no la toqueteara, que se había gastado un frasco entero de netol para limpiar la plata, y que le diera de inmediato una cantidad desmesurada de dinero o que me largara por donde había venido. Siguiendo los consejos de un amigo acostumbrado al regateo, saqué la billetera y le ofrecí —con un gesto resolutivo demasiado teatral— la décima parte de lo que me pedía. Tuve que soportar sus falsas iras, pero aun así —y a pesar de que me vi obligado a subir la oferta un par de veces— conseguí el estuche por un precio razonable.

Lo puse sobre mi escritorio junto a un globo luminoso que reproducía el firmamento, y decidí olvidarlo por retrasar el placer que obtendría de su estudio. Era la hora de comer, pero preferí abstraerme en la lectura. Preparé el ambiente cerrando los postigos de los balcones. Mi espíritu, excitado por la luz y por el ruido exterior, se calmó de inmediato, y pude emprender la lectura de un ensayo sobre términos cibernéticos. Me llamó la atención un capítulo titulado La *Caja negra*, y lo busqué con una curiosidad que se acrecentaría con su lectura. «El problema de la Caja negra pertenece al ámbito de la Ingeniería eléctrica. Se entrega al ingeniero una caja cerrada, con terminales de entrada, en los que puede aplicar (...) cualquier perturbación que desee, y terminales de salida, en los que observa todo cuanto pueda. De ello debe deducir cuanto le sea posible acerca del contenido de la caja.» Pero el autor no se detenía en el mundo de la electricidad, y llegaba a afirmar que en la vida diaria nos enfrentamos en cada momento con sistemas cuyos mecanismos responden a la Caja negra. Uno de ellos —y la comparación me produjo un inesperado sobresalto— era el cerebro.

Sentí el impulso, extraño en mí, de comentar con alguien aquella coincidencia, pero siempre he vivido en solitario. No soy amigo de multitudes, y la palabra me cansa tanto como me reconforta el pensamiento.

Tan sólo en los momentos de estupor —como el que me causaba la compra matinal de aquel estuche inabrible y la posterior lectura de *La Caja negra*, con la referencia a lo que consideraba lo más íntimo y oculto de mi persona: el cerebro— añoraba ligeramente la presencia de un extraño. En cualquier caso, los momentos de estupor resultaban para mí casi inexistentes, pues había orientado mis ideas hacia el proceso lógico que, como todo el mundo sabe, lleva implícita su propia respuesta. Poco podía asombrarme en el desarrollo de mis estudios, pues siempre alcanzaba conclusiones que diferían poco de las previstas, y que repudiaban —y éste era el común denominador de mis ideas — cualquier elemento mágico. Y ello a pesar de que mi gran pasión fuera la astronomía, pero en aquella época consideraba que la potencia lógica de nuestro cerebro podía vencer a los monstruos del ensueño, y que era capaz de deshacer los nudos de la razón.

Con cierta impaciencia —pues me había invadido un nerviosismo inhabitual en el santuario de mi despacho— retiré algunos objetos de mi escritorio: una maqueta del «castillo de las estrellas» de Tycho Brahe, un astrolabio y varios libros polvorientos, en un intento de abrir un espacio libre para analizar el estuche de caoba. Una vez instalado y con cierto orden sobre la mesa, accioné uno a uno todos los resortes de la caja, pero no logré abrirla. Deduje que debería pulsar dos o más para conseguirlo, por lo que hice un cálculo de probabilidades que me dejó aterrado por la cantidad de combinaciones posibles. Debería probar días, semanas, quizá meses enteros para encontrar la correcta, pero comprendí de inmediato que estaba dispuesto a intentarlo, y que bajo ningún concepto forzaría los mecanismos. Por suerte, la brutalidad del individuo que me la vendió había cedido ante el temor a romperla.

A partir de aquel día me sumí en una progresiva desesperación. Emprendí el trabajo con calma recurriendo a un método implacable, pero la obstinación con que el estuche guardaba su secreto y la infinitud de probabilidades en que había de moverme para arrancárselo hubieran enloquecido al investigador más sosegado. Por otra parte, aunque era amigo de la soledad, y aunque una solvencia heredada me ponía a cubierto de toda relación con el mundo, estaba acostumbrado a desentumecer mi organismo con largos paseos que aprovechaba para adquirir el material que necesitaba para mis estudios. Llegó el momento en que no supe si era de día o de noche. Había eliminado los relojes porque me recordaban el paso del tiempo, y las únicas periodicidades las marcaba la portera, que me visitaba a menudo con alimentos que me obligaba a ingerir. La señora me había interrumpido a los pocos días de mi encierro para interesarse por mi salud, y aunque su intrusión significó la pérdida de toda una serie que tuve que repetir, comprendí que lo había hecho porque temía lo peor de mi prolongado silencio, y le agradecí —una vez le hube explicado que me enfrentaba a un cálculo de probabilidades y que ignoraba cuánto duraría mi encierro— el que asumiera procurar mi supervivencia. Durante dos meses la portera me sirvió la comida y retiró los restos siempre en silencio, tal como se lo había pedido el día de su afortunada

intrusión.

Durante esos dos meses no hice otra cosa que pulsar los diminutos resortes de plata. Nunca he llegado a obsesionarme tanto por encontrar la solución de un enigma. Por ello, en el momento increíble en que al accionar cinco de las llaves puede oír un pequeño chasquido, todo mi cuerpo vibró por la intensa emoción. Me puse en pie sin poder controlar mis movimientos. La tapa de caoba se había desplazado ligeramente, y una ranura finísima evidenciaba que —descifrado su secreto— se entregaba a mi voluntad. La alcé con suma lentitud. En el interior de la caja había un estuche más pequeño, de terciopelo. Temí por un momento que estuviera provisto de nuevos sistemas de defensa, pero de inmediato comprobé que lo cerraba un mecanismo sencillo. Al abrirlo, y al observar el misterio revelado, no pude evitar un ligero vahído. Se trataba de un daguerrotipo muy bien conservado. Era el retrato de una pareja sobre un telón de fondo en el que se representaba una multitud alegre, vestida de carnaval. El hombre, disfrazado de arlequín, miraba a la cámara con una inmóvil sonrisa de complicidad. Busqué un espejo y me observé detenidamente, casi a punto de gritar, pues el arlequín me miraba con mi propio rostro y me sonreía con la seguridad de que era a mí, a sí mismo y no a otro, al que sonreía. La dama, vestida de bailarina, a medio camino hacia la genuflexión y con los brazos alzados en aureola, le contemplaba con una mirada que —pese al estatismo del daguerrotipo— parecía de una rapidez intensa, de una ternura provocativa. Su cuerpo era menos nítido y su rostro me resultaba desconocido, pero observé en sus rasgos esa belleza extraña que sólo da el íntimo conocimiento de los viejos fantasmas. En aquella ocasión no tuve tiempo para pensar. Con la suavidad con que cae una hoja, una mano se posó sobre mi hombro.

UNA REPRESENTACIÓN ESCANDALOSA

La noticia corrió como la pólvora, impulsada por los atónitos reporteros que habían acudido a la rueda de prensa. Fue impresa en la portada de todas las publicaciones del país y, dada la celebridad de la actriz, hasta los rotativos extranjeros se hicieron eco de su extravagancia. No era para menos, pero la Divina había argumentado en defensa de su ocurrencia la imposibilidad de mantener una vida privada, lo cual era cierto. Desde el momento en que alcanzó la cúspide de la fama, un enjambre de reporteros y cronistas la perseguían sin descanso, envejeciendo con ella, y alimentándose de aquellos retazos de intimidad que podían arrancarle. En sus inicios, la Divina había intentado zafarse de tan espantosa persecución. Hasta su intento más radical, la violencia ejercida sobre un reportero gráfico —le había roto una porcelana en la cabeza—, se volvió contra la Divina, pues el fotógrafo, además de hacerse famoso por una instantánea en la que plasmaba el gesto de la actriz en el momento de la agresión, se convirtió en su más ferviente admirador, dando pie a una relación imposible que desembocaría en el suicidio del desgraciado. A partir de aquella temporada bastaba con seguir las crónicas de la prensa para acceder a todos y cada uno de los movimientos de la Divina. Su propio servicio, sobornado por la infamia de ciertas revistas, desertaba con documentos reveladores o con instantáneas de alcoba. Se supo todo de la actriz, y su público pudo jactarse de haberla poseído por entero.

En este hecho innegable basó ella la defensa de su ocurrencia, y su defensa tuvo que ser admitida por los que en el primer momento enarbolaron el índice acusador del escándalo. Incluso un local de tanta solera como el Liceo, último vestigio —aunque casi rescoldo— de la nobleza de nuestra ciudad, se había doblegado ante la potencia de sus conclusiones y la exuberancia de su economía. Pudo anunciarse, pues, que la representación iba a tener lugar allí, en fecha que las circunstancias impedían fijar. Por deseo de la actriz, que argumentó esta vez el carácter único de la actuación, las localidades se pusieron en venta a un precio poco menos que astronómico, a pesar de lo cual se agotaron en unas horas. Sus compradores tenían que estar atentos al momento en que todos los medios de comunicación, coordinados mediante una oficina de prensa a la que alertaría la propia actriz, anunciaran el inicio del espectáculo. Era, sin lugar a dudas, el acontecimiento teatral más importante de la temporada, y la polémica se desató mucho antes del estreno. Hubo hasta un intento de prohibición que no encontró apoyo legal suficiente, y una propuesta publicitaria que no fue aceptada por la Divina. Hubo tenaces defensores y enemigos acérrimos de algo que aún no se había realizado, pero nadie dudaba, pues hacerlo hubiera significado una espantosa carencia de sensibilidad, que la actriz interpretaría su papel con la maestría propia de su genio. Y así, en desatada polémica que levantaba hipótesis sobre la moralidad

de la obra, sobre la preparación de la secreta escenografía, y sobre la duración de aquel —ya anunciado— único acto, se aguardó el aviso de la Divina.

Este llegó antes de lo previsto. Aunque se habían filtrado rumores de su proximidad, lo avanzado de la hora —fue a las once de la noche— hizo que la noticia cogiera desprevenido a gran parte del público. En cuanto tañeran las campanas de medianoche se cerrarían las puertas del Liceo, y el que no hubiera llegado perdería la representación. La prensa se instaló en la calle para recoger imágenes de la llegada del público. Y éste fue apareciendo de rigurosa etiqueta —tal como se exigía en los boletos de entrada—, apresurado por lo repentino de la proclama, atento al tiempo, un poco indignado, pero puntual. Algo antes de medianoche el Liceo estaba lleno, y a las doce en punto fue clausurado tal como deseaba la Divina. En el interior, el público se acomodaba con impaciencia deseoso de enfrentarse al escándalo de tan original espectáculo, y no tardaron en oírse pitidos y siseos. A modo de programa se había repartido un documental gráfico de la actriz en el que se recogían fotografías desde su bautizo hasta su consagración como talento dramático, y en el que se mezclaban las imágenes familiares con las caracterizaciones escénicas, y éstas con secuencias de viajes y giras artísticas, además de las propias de la crónica sentimental.

Por fin, tras una breve espera que se hizo eterna, se apagaron las luces y se alzó el telón. El público permaneció en silencio mientras la pálida aureola de los focos, que iba ganando intensidad como si de un amanecer se tratara, levantaba volúmenes sobre el escenario. Y aun antes de que la claridad los hiciera reconocibles, una voz múltiple y única, grave como el fragor del mar, se elevó lentamente desde el silencio. El público quedó inmovilizado por la sorpresa. Un gran coro de hombres, ataviados de religiosos, entonaba en canto gregoriano melodías de anunciación. Tras ellos, un nuevo telón —éste de seda — ocultaba el resto del escenario. Se levantó un murmullo de asombro, de cólera o de incredulidad, pero el coro siguió entonando profecías, impávido y multitudinario, suavemente atronador. Sólo cuando, tras media hora de cánticos, empezó a extenderse el peligro de una protesta sonada por parte del público, un juego de luces situado tras el segundo telón dibujó sobre la seda las sombras de una nueva multitud, mezclada con los volúmenes inconfundibles de sus instrumentos. El coro suavizó gradualmente su tono al tiempo que, tras el telón, nacía el llanto de los violines sostenido sobre una sola nota. En platea se respiraba la inquietud, pues era evidente que había llegado el gran momento. Cuando la voz del coro, tras su largo descenso, alcanzó el silencio, los coristas saludaron al público y abandonaron el escenario. La música había quedado en poder de los violines, que sostenían un do inextinguible y misterioso. Sobre el telón, como en sombras chinescas, se veía una hilera de violinistas secundados por el silencio atento de toda la orquesta. Su llanto inamovible mantuvo la expectación durante largos minutos, hasta que un gemido de mujer, de una fuerza dramática aterradora, se mezcló con la cadencia monótona de las cuerdas. Entonces el telón se puso

lentamente en movimiento, y los violines entonaron una melodía inconfundible. Aun antes de que la seda desapareciera, el público, absorbido por la dulzura sutil, casi ingrávida de la música, había reconocido el preludio del acto I de «Lohengrin». ¡La música de Wagner para el parto de la Divina! La orquesta, extendida como un bosque sonoro, elaboraba con matemática precisión el cálculo wagneriano. Y en el centro, en el mismo centro de la música, sobre un pequeño altar, la actriz, ya dilatada, mostraba a su público —con la elegancia que la había hecho célebre y que no perdió ni en aquella difícil representación— el orificio traumatizado por donde su hijo empezaba a asomarse. Y la música empezó su singladura por el *crescendo* más sublime de Wagner. Maderas y trompas se unieron a los violines en un avance lleno de reflujos, como si los músicos no se atrevieran a disparar sus instrumentos. La idea dramática del preludio, con su imparable ascensión, armonizaba con la estampa decumbente de la Divina, ahogada en sollozos. El público, enardecido, esperaba el *tutti* con un ansia que le impedía mantenerse sentado. Y fue la misma Divina, con un alarido contenido que expresaba tanto placer como dolor, la que abrió —altiva, orgullosa y genial— el clímax final de su gran obra. Entre sus muslos apareció una cabeza rosada envuelta en sangre, y en aquel momento se alzaron las trompetas y los trombones, y la orquesta entera pareció estallar en la apoteosis wagneriana. El local, a pesar de su larga experiencia, parecía incapaz de soportar tamaño derroche de sonido. Dos matronas se deslizaron junto a la Divina y separaron al hijo de la madre. De inmediato se silenciaron los instrumentos de viento y, sobre la renacida suavidad de los violines, se superpuso el primer llanto del recién nacido. Las cuerdas parecían morir lentamente, como si sus músicos se durmieran tras el esfuerzo realizado. Y la actriz, sin detenerse a expulsar la placenta, se puso en pie con ayuda de las matronas, saludó al público —siempre pálida y despectiva—, y abandonó el escenario acompañada por la ovación más grande que han podido oír los viejos muros del Liceo.

DUETO DEL HOMO DUPLEX

Es una lámina que reproduce las imágenes y en cierta manera las contiene y las absorbe.

JUAN EDUARDO CIRLOT

Nació con la pasmosa facilidad con que nacen los seres imaginarios, en la alcoba de Silvie, durante una tormenta que llenaba la noche de luminarias. Yo había entrado en el dormitorio impulsado por la curiosidad del rastreador casero mientras Silvie arreglaba el desorden de nuestro primer encuentro amoroso. Desde el salón llegaba el rumor de sus movimientos mezclado con la música de Pat Metheny y con el menudeo de la lluvia. Sentado frente a su tocador, me entretuve observando los frascos de porcelana o de cristal que contenían cremas de colores suaves, polvos húmedos, y perfumes que evocaban los más atávicos paraísos olfativos. Pensé en la locura del perfumista, que debe concentrar el vértigo del mar, el placer de la violencia y el aroma de la sensualidad en unas gotas destinadas a evaporarse, y fue en aquel instante, distraído por la profanación, cuando mi mirada se posó sobre la de él en el espejo. Mi doble, concentrado en una operación tan absurda como la mía, parecía observarme con cierto desahogo, pues nuestra complicidad dividía las culpas. Sin cesar de mirarnos, como si jugáramos a repetirnos, nos untamos con pomadas que desaparecían bajo la piel, y soplamos para levantar pesadas nubes que se inmovilizaban ante nuestros ojos. Era un juego absurdo, pero mi doble parecía tan divertido como yo, y la devolución de mi propio rostro me contagiaba su locura, en un círculo vicioso de ecos visuales.

La parodia hubiera terminado allí de no haberle dirigido la palabra, pero no podía imaginar que algo tan absurdo pudiera llegar a tener tanta importancia. Al abrir un frasco derramé parte del contenido sobre el tocador, y busqué de inmediato la mirada de mi doble. Le dije «Silvie nos va a matar» sin advertir que la francesa me observaba, divertida por mi ocurrencia de pluralizar la culpa. Y todo hubiera terminado allí de no ser por la asombrosa capacidad de Silvie para adaptarse a los juegos. La música de Metheny parecía haberse fundido con la lluvia, como si ambas hubieran sido creadas para un dueto sin partituras. Tras darme un beso fugaz, Silvie me pidió que mirara de nuevo hacia el espejo. Su mano se deslizó como una serpiente en torno a mi cuello, y el espejo, con rutilante impudor, reflejó la intensidad con que contemplaba a mi doble. «Viene de un mundo inverso —murmuró Silvie junto a mi oído—, y tiene tu otro sexo.»

De nada sirvieron mis protestas. Silvie odiaba las soluciones fáciles, y mis argumentos en defensa del coito como realización del hermafrodita pecaban, según decía, de ingenuidad. Para ella el acto sexual no unificaba los opuestos. Muy por el contrario, los ponía en evidencia, y toda la afectividad que

generaba no era sino la búsqueda frenética de un paliativo. El dos en uno, que sin duda existía, se encontraba en el interior del yo, acechante tras el individuo en apariencia único. De esta forma, en aquella primera disputa con mi doble por testigo se hilvanaron inferencias contradictorias, soluciones antagónicas para un juego sin reglas. Desde el primer momento me burlé de la francesa, y aún hoy considero que era ella la equivocada. Pero Silvie contaba con el apoyo silencioso de mi doble, que parecía darle la razón pues sus miradas se encontraban en el espejo para entablar un diálogo siempre mudo, pero siempre intenso. Y la defensa que hacía Silvie de *su* existencia me situaba en el papel del descreído que, por su enfermiza incredulidad, niega lo que es una evidencia para los elegidos. Me abstuve de profundizar en la discusión, pues la francesa, enardecida por sus propios argumentos, proclamaba el onanismo como la exhibición más bella de amor porque entrega y posesión —el dueto hermafrodita— se unificaban en la misma persona, que se daba y se recibía. «En cualquier caso, es el único acto enteramente libre», dijo Silvie.

A pesar de nuestras diferencias, el juego quedó establecido. Metheny y la tormenta, que parecían dispuestos a unificarse para siempre, musicaron los primeros movimientos, en los que se anunciaba la corporeidad de mi doble. Silvie olvidó sus teorías para entregarse a las caricias, pero buscaba mi rostro en el espejo y establecía con él un mundo aparte, como si aquellos ojos tan brillantes la hipnotizaran hasta hacerle olvidar mi presencia. Y yo, incapaz de desdoblarme, iba a depositar mi pasión en un equívoco en el que ni siquiera creía. Lo cierto es que hicimos de nuevo el amor sobre la cama de Silvie, y que la francesa espigaba su cuello para alcanzar a mirarme en el espejo, revelando sobre el azogue un gesto que me era desconocido, pues nunca, cuando me miraba de frente, describía su rostro el principio de la fascinación ni la complicidad del reflejo. Ignoro lo que veía en los ojos de mi doble, pero se sentía inquieta si no constataba a menudo su presencia, y regresaba de su contemplación poseída por una frenética alegría. Y fueron seguramente esas miradas al espejo —que concluían con un guiño fugaz o con un beso rápido al hombre reflejado—, la guitarra de Metheny en la tormenta y la suavidad de Silvie, las que desataron los mecanismos de sugestión que me harían participar. Divertido, pues me había dado cuenta de que sentía celos, envolví a la francesa en mi abrazo. Silvie se entregó con soltura, y desarmó mi violencia al exigir más pasión. Llegué a pensar —con esa lucidez que me atacaba en los momentos más inoportunos, pues tenían que ser los de mayor éxtasis— si mi reacción posesiva no entraría en los cálculos lúdicos de Silvie, y así empecé a odiar al que, de ser mi doble, había pasado a ser mi oponente.

Confié en que Silvie olvidara el juego, pero en los días sucesivos comprobé que, lejos de olvidarlo, había creado un nuevo personaje. Al hombre reflejado añadió su propio reflejo, y conversaba con ambos sin temor a la locura. Me enervaba que en las cafeterías y vestíbulos, allá donde encontrara un espejo, se permitiera la licencia infantil de comentar con su imagen la estupidez de

cualquier individuo que la observara atónito, incapaz de comprender lo que era un hermafrodita. Y lo que me enfurecía era ver mi estupidez reflejada en la de aquellas personas, pues la francesa consideraba poco menos que imbéciles a los que no buscaban la complicidad de los opuestos. Nunca hubiera pensado que las teorías de Silvie estuvieran basadas en algo más que en una fantasía desbocada, hasta que decidí acabar con el juego. No lo hice de una forma consciente, pues bajo ningún concepto hubiera violentado mis relaciones con la francesa, a la que amaba por los mismos motivos por los que no podía soportarla. Fue la mecánica misma de mi dueto con el hombre reflejado, con la excéntrica reverberación que adoraba Silvie, la que me llevó a romper las normas. Y lo hice, paradójicamente, porque llegué a creer en ellas, y porque yo mismo colaboré en dar vida a otro hombre y lo convertí en mi oponente. Silvie jugaba a descomponer la unidad, y yo luchaba, sin saberlo, por defenderla.

Fue una noche idéntica a aquella en la que conocí a la francesa y creamos a mi doble. Una tormenta repentina nos había obligado a recluirnos en el apartamento de Silvie, y mi amante, que vivía la música de una forma obsesiva, había puesto de nuevo el disco de Pat Metheny. La repetición de las circunstancias me produjo un súbito furor. Esperé con ansia a que Silvie me buscara en el espejo, preparándome de una forma inconsciente, casi fanática. Cogí un pisapapeles de mármol con la frialdad del que sueña un asesinato que todavía no ha decidido realizar. Lo demás fue una espera muy lenta de aquello que debía provocar mi ira. Cuando Silvie me miró en el espejo notó algo extraño, porque de inmediato se volvió hacia mí, pero no pudo hacer nada por detenerme. Lancé el pisapapeles con precisión, sin dejarme desorientar por la rapidez. El proyectil chocó contra el espejo y cayó sobre el tocador entre una lluvia de cristales. Esperé en vano los gritos de Silvie. La francesa, tras un instante de inmóvil sorpresa, recogió el pisapapeles por ver si también se había roto. «Estás loco —me dijo—. No sabes el daño que te has hecho.» Lo supe en cuanto volví a mirarme en un espejo, pues sólo encontré a un hombre que parecía buscar, un poco desesperado y un poco patético, algo similar a lo que hubiera podido ser un apartamento en la tormenta, un ambiente musicado por Metheny, otra ocasión de obtener la complicidad de su reflejo.

DON ARGANTONIO Y LAS PENTEKÓNTOROI

Barcelona ganaba en claroscuro, a esa última hora en que los colores se diluían en el ámbito de grises y era posible intuir, sobre la línea del horizonte, las sombras fantasmales de los barcos focenses, los destellos de la plata y el trigo que alimentaron efímeros imperios en aquel mar pequeño y cálido ebrio de batallas, casi diminuto en el último instante de luz en que, vibrátil como un espejismo, hasta la costa italiana se hacía absurdamente visible. El gris eliminaba nociones, y se podía pensar, observando el mate cóncavo del cielo marítimo, que a la espalda había algo más que una gran urbe, que había un tiempo sin cronología, una historia de leyendas, y que la ciudad —esa ciudad tan compacta, tan caliente que la nieve se transformaba en lluvia al tocar su atmósfera— estaba nutrida con pequeños héroes, con estúpidos semidioses, con monstruos benignos y presencias impalpables. Siempre de espaldas, siempre atento al infinito delimitado del pequeño mar, se podía pensar que el atardecer era algo más que un vulgar fenómeno cotidiano, que era una caída en el gris, en un vacío repleto de enigmas, de cábalas y de secretos, y que era posible esperar que a esa hora las temibles *pentekóntoroi*, amigas del monarca tartesio, se aproximaran a la costa para ver cómo se construía una ciudad, una muralla ciclópea, y unos edificios tan grandes como esos monstruos que, según dicen, existieron antes del diluvio.

Regresaba dando un lento paseo, dominado por una exaltación arqueológica que me hacía maldecir adoquines y asfalto, pues los veía como una costra poderosa interpuesta entre nosotros y nuestro pasado. Pero la noche me reconciliaba con la actualidad, y no miraba con tan malos ojos al señor Argantonio cuando, al llegar a casa, le veía saltar por la ventana en aquel suicidio cotidiano al que ya nos tenía acostumbrados. Incluso le ayudaba a levantarse y le preguntaba con sincero interés si se resentía del golpe, a lo que mi vecino, visiblemente aliviado por lo que, aunque fallido, había sido un intento honesto, me respondía que no eran horas de platicar en la calle, que la cena estaba servida, y que su mujer no tardaría en indignarse por su prolongada ausencia. Y no era que la pobre señora —que, efectivamente, no tardaba en reclamar a gritos desde la ventana la presencia de su marido— fuera una especie de prodigio insoportable. Muy por el contrario, curaba las magulladuras de su esposo con paciencia de santa, y le consolaba cada noche por su fracasado suicidio.

Por lo que a mí respecta, acompañaba al señor Argantonio hasta la puerta y lo dejaba en manos de la solícita mujer, que maldecía sus saltos por el estropicio que causaban tanto en la ropa como en los huesos de su marido. Proseguía yo la ascensión, y ya en el apartamento me enfrascaba, de no recibir visita de Limmat, en los libros de historia que necesitaba mi exaltación del atardecer consumado. Y de la historia fugitiva lo que más me apasionaba eran

aquellas ciudades de las que no se conserva más que un leve recuerdo, como la Mainake que cita Estrabón, la polis griega más occidental del mundo, que permanece oculta, enterrada bajo un detrito secular y benigno que permite que su leyenda sea algo más que unas piedras ofendidas por el sol.

Fue Limmat la que, testigo azarosa del salto mortal del señor Argantonio, me recomendó —a mí, puesto que Limmat consideraba la vecindad como una forma viciada de consanguinidad— que lo llevara a un especialista. Pasado un tiempo, como mi amiga viera que hacía caso omiso de su consejo, se presentó en mi casa con un individuo taciturno que parecía una pesadilla bruegheliana, y se enfadó conmigo cuando traté de impedir que aquel repelente personaje, al que no se molestó en presentarme y del que sólo me dijo que era un eminente psiquiatra, tomara posesión de mi apartamento. Ofendido y humillado —puesto que al final tuve que ceder ante presiones inconfesables—, soporté una reunión conspiradora en la que intervino, para mi asombro, la mujer del suicida.

A partir de aquella noche, y durante muchas otras, me vi obligado a hacer de anfitrión renegado de aquel encauzador de ideas, que se instalaba con una silla plegable frente a la casa en espera del salto del señor Argantonio para estallar luego en exclamaciones de erudito interés y de placer científico. Limmat vigilaba mis impulsos, y la mujer de mi vecino, aleccionada sin duda por aquella especie de exorcista, no se cansaba de agradecerme mi desmedida generosidad. Tras un largo período de observación, al que siguió otro más breve de entrevistas con el paciente, Limmat me exigió que entregara la llave de mi piso al psiquiatra, pues éste era partidario de tratar a sus enfermos sobre el terreno, sin trasladarlos a un sanatorio en el que, según decía, no se lograba más que intimidarlos. El pobre señor Argantonio iba a ser víctima de los adelantos de la ciencia, y mi debilidad por Limmat me convertía en un colaboracionista remunerado por sus encantos, pues mi amiga, excitada sin duda por la palabrería del psiquiatra —que hablaba de fobias a la oscuridad y de manías persecutorias, vocabulario libidinoso en extremo, parecido al lenguaje sacro de nuestros apóstoles—, buscaba mi compañía en las habitaciones interiores mientras en el salón, al amparo cómplice de mis libros, legatarios de un testimonio que su propietario rehuía cobardemente, el señor Argantonio era tratado con perfusiones de neurolépticos, o se le practicaban curas de sueño, o se le sometía —y para ello su verdugo inundó mi salón con extraños aparatos— a electrochoques de diversa intensidad. Pero el señor Argantonio —y aquí mi cobardía se hacía doblemente patética ante su testarudez heroica—, si no lo mantenían dormido o atado, buscaba cada noche el camino de la ventana, y peleaba con valiente determinación contra el que se interpusiera entre su persona y el vacío.

Y fue, pasado el tiempo, un Argantonio demacrado pero altivo el que contempló, a través de la ventana por la que saltaría aquella noche sin que nadie se atreviera a impedírselo, las últimas disposiciones de la estampa arrepticia, que se marchó con su silla plegable sin despedirse ni de su paciente

ni de su anfitrión. La mujer de mi vecino, socorrida por Limmat, puso un colchón al pie de la ventana, tras un parapeto de tiestos que impediría que los viandantes se pasearan sobre él. Don Argantonio había vencido a su curación, y la desesperada *receta* del psiquiatra me causó una hilaridad enfurecida. La presencia amortiguadora del colchón deprimiría al suicida, pues no en vano los grandes trapecistas ejercitan su arte sin malla. Además, había languidecido considerablemente tras los tratamientos. Fueron estas consideraciones las que me impulsaron a convencerle de que hiciera un crucero por nuestro mar. Yo mismo solucioné el asunto de los pasajes, y en compañía de Limmat acudí al puerto a despedir al matrimonio. Iba a ser aquélla la última vez que veía a mi vecino. No tardó en llegarme la noticia de que había saltado por la borda una noche de interlunio. Los esfuerzos por encontrarle resultaron inútiles, pero yo sé que el señor Argantonio resistió, que su deseo de vivir le mantuvo a flote hasta que fue avistado por un segundo barco, un enorme buque fócense, y que los griegos que lo recogieron aceptaron sus monedas aun sin conocerlas por si les servían en algún puerto por descubrir, y se prestaron a llevarle a Mainake, la ciudad más occidental del mundo, situada allí donde todo acaba, junto al reino de Tartessos.

EN TORNO A LIZZIE

La forma es una sustancia subjetiva contenida en un revestimiento objetivo.
KANDINSKY

Durante mucho tiempo —desde mis primeras pinturas, atado aún a la observación de la anécdota— dediqué mi esfuerzo al estudio de la horizontal. Mi pasión por la línea apaisada era tan fuerte que, de toda mi producción anterior a Lizzie, la casi totalidad de mis obras estaban pintadas sobre telas verticales para poder cruzarlas con múltiples horizontes sin desequilibrar el conjunto. Esto lo pude observar después, mucho después de la crisis a la que me arrastró la progresiva síntesis que, según creo, conlleva todo trabajo enfocado a partir de una sola obsesión. Fueron, quizá, los caprichos del paisaje los que me arrastraron a este método instintivo, y aún después de haberme distanciado de la referencia externa, aún después de haber descubierto la magia del color que nos brindan los párpados entornados, quedó latente en mí, como norma estética o como pauta filosófica inconsciente, la disposición de los elementos pictóricos en formas siempre apaisadas. Ya durante mis estudios me liberé del objeto buscando la *forma emocional* de las cosas, pero siempre, movido por algún tipo de inercia indefinible, ponía los bastidores de pie para cruzar las telas con vetas que, agrestes o geométricas, enteras o partidas, elementales o caprichosas, se extendían de un lado al otro sin atreverse a iniciar el ascenso ni a dejarse caer. Y el proceso de abstracción —que me llevó a la crisis de la que sólo Lizzie me rescataría— se convirtió pronto en el análisis de estas franjas de color que separaban los horizontes superpuestos. El agotamiento me dejaría, como único punto de fuga, la eliminación progresiva de la causa primera. Aunque renegando de este último avance —al intuir, quizás, el final del camino—, eliminé uno tras otro los múltiples horizontes, y las franjas intermedias ganaron en extensión, se transformaron en masas rotundas de un peso casi excesivo. Mis últimas obras de aquella época —cuando ya sólo utilizaba una línea horizontal para separar dos superficies inmensas— daban una impresión de lastre tan fuerte que parecía que fueran a desprenderse de la pared arrastrando al suelo los clavos y el yeso que las sostenían.

Dejé de pintar. Utilicé la lectura como excusa, y la docencia —había entrado de profesor en la misma escuela en donde cursara mis estudios— como distracción, puesto que el debate propio de estos lugares nos da mil motivos para olvidar que somos el centro de los estudios que realizamos. Y encontré tantas ocupaciones que necesité un año de inactividad para darme cuenta de que estaba inactivo. La crisis se había desvanecido en el tiempo, pero el temor al retorno, a la caída en un engañoso avance regresivo, me impedía coger los pinceles. Después de algún intento fracasado comprendí

que necesitaba ejercitar los dedos, y me propuse practicar apuntes sobre modelos vivos. Además de perder así el miedo a mis propias manos, me proponía con ello superar una de las muchas paradojas que envolvían mi carrera, pues cada día daba lecciones de dibujo, y cada curso lo tenía más olvidado. Una modelo de la escuela me prometió enviarme a una amiga que sabía posar, y poco tiempo después conocí a Lizzie.

Entró en mi estudio con su nombre por delante, superando —o intentando así superar— el momento insoportable de las primeras palabras. Habló enseguida de la luz, pues era uno de esos días turbios en los que las nubes cubren nuestra ciudad impidiendo que sus humos se difuminen. Le expliqué —ante su un tanto sorprendida mirada— que yo veía el gris como el soporte natural de todos los colores, y que el *ambiente en gris*, y no me importaba el motivo, era el más idóneo para pintar. Contempló los cuadros colgados —todos de la primera época— con verdadera pesadumbre. Cuando su mirada encontró la mía se sintió obligada a dar una explicación. «Hay una frase de Matisse sobre Picasso —dijo mientras se quitaba la gabardina y atravesaba el estudio hacia un espejo—. Una de esas máximas que no sirven para nada... Podéis admirarle siempre, porque pinta con su sangre.» Recogí la alusión a mi frialdad con cierto malhumor, y mi expresión indignada hizo sonreír a Lizzie, que me contemplaba a través del espejo mientras se arreglaba el cabello. La sangre de Picasso sacramentó así nuestra relación, que fue casi demasiado intensa, como las masas aplastantes que me abocaron a la inactividad, separadas por un horizonte indefinible. Aquel primer día me entretuve dibujando bocetos de su rostro. Lizzie posaba con increíble facilidad, y su mirada, cuando se detenía sobre mis pupilas, no expresaba otra cosa que el gesto propuesto, en una entrega absoluta a la profanación del retrato. Tuvimos que parar porque se hizo de noche, y cuando Lizzie se hubo ido constaté con asombro que había dibujado cientos de bocetos, y que todos eran *exactamente* ella. Siempre he considerado el retrato como una apropiación indebida, y considero que en esto radica su magia, pero nunca había visto a alguien que se dejara poseer en un grado tan absoluto, alguien con una personalidad tan indefensa, tan patente como la de Lizzie. Pensé que aquellos bocetos eran terriblemente impúdicos sin advertir que, una vez admitida la obscenidad de mi obra, el siguiente movimiento era ceder a la tentación del abismo. Así lo hice, y llené miles de hojas con el cuerpo de Lizzie, que parecía disfrutar intensamente, absorta siempre en mis pupilas. Enajenados por la experiencia, acordamos que viniera cada día a mi estudio, y los lápices y carbones no tardaron en mostrarse impotentes para seguir nuestra trayectoria. Mi mesa de trabajo se llenó de colores, y el aroma sutil del óleo nos embrujó con su ilimitada propuesta. Trabajamos en sesiones inacabables interrumpidas por la noche, a la que maldecíamos con un ansia irreprimible. Lizzie regresaba con el sol, y se tumbaba sobre el camastro, entre almohadones cárdenos, para observar con un anhelo sin límites el reverso de aquel primer óleo cuya visión se había vetado ella misma. Al otro lado de la tela yo me apropiaba

lentamente de sus formas y las reproducía con una precisión absoluta. Y por las noches, mientras Lizzie dormía, me recreaba en modular los relieves suaves de los fondos, los almohadones que envolvían su cuerpo, blanco mate inmerso en el cárdeno del que manaba la luz, en un malabarismo técnico que transformaba a Lizzie en el espíritu de sus propias formas.

Cuando di por concluida la obra, Lizzie se alzó del camastro y se acercó a mí con una pasión acrecentada por la lentitud de sus movimientos. Sólo cuando estuvo a mi lado se volvió hacia la pintura con un requiebro casi imperceptible de su cuello. La contempló durante un largo rato y pude notar, al posar mi brazo sobre sus hombros, que todo su cuerpo estaba en tensión absorbiéndose a sí mismo, devorándose en el retrato. Y Lizzie estalló de improviso en un llanto incontenible, y se abrazó a mí como si sintiera pánico. Hundió su rostro en mi cuello, y un temblor violento la sacudió entre mis brazos.

A partir de entonces nos encerramos en el estudio. Salíamos tan sólo por las noches, y dábamos largos paseos aprovechando la ausencia de luz natural. Emprendimos de inmediato la creación de un segundo óleo, y Lizzie, como hiciera con el primero, no quiso verlo hasta su total resolución. Posaba como siempre, sin miedo ni cansancio, atenta a los movimientos de mis pupilas. Y yo sólo tenía que recoger los frutos de su cuerpo, porque éste —sus formas y volúmenes— parecían ordenar el movimiento de mis manos. Vivíamos absortos por la droga suave pero irresistible de la creación, sin comprender —pues nunca he sido menos consciente que pintando a Lizzie— que iniciábamos así un terrible proceso de aislamiento. La segunda pintura, una versión de Ofelia muerta, emocionó también a mi modelo, pero me reprochó que sus ojos estuvieran resueltos con unos trazos demasiado rápidos. Se iniciaba, sin que nos diéramos cuenta, la lucha sorda, incruenta —pero cruel en su inevitabilidad—, que iba a ensombrecer nuestra relación. En la siguiente obra quiso figurar Lizzie como Dalila, y la concluí, con gran asombro de mi modelo, en tan sólo dos sesiones. El cuerpo era un conjunto de fulgores en movimiento, y el rostro aparecía deformado en su belleza por un esfuerzo carente de explicación fuera de la imagen misma. Lizzie argumentó enfurecida que el cuadro estaba tan sólo abocetado, y me suplicó, en nuestra primera discusión, que lo concluyera. Pero el espíritu de Lizzie estaba apoderándose de mí, y cada pintura necesitaba menos de la literalidad del parecido. Me sentía poseedor absoluto de la *forma emocional* de aquella mujer, y ya era capaz —con una capacidad que se imponía hasta hacerse necesaria— de expresar lo que su contemplación me hacía sentir sin atenerme a la realidad aparente. Y llegó el momento en que Lizzie fue color y formas, todos los colores y todas las formas, porque su espíritu se totalizó en mis manos. Necesité veinte óleos para desembocar en el primer abstracto. Cuando anuncié a Lizzie que lo había concluido, ella permaneció inmóvil. Giré el caballete, pero Lizzie no llegó a detener su mirada sobre la pintura. Recogió sus cosas en silencio, y abandonó el estudio. Pocos días después la llamé por

teléfono, pues deseaba reconciliarme con ella. Una voz apagada me dijo que había fallecido en un accidente. Su amiga, la modelo de la escuela, me confesó la verdad. Lizzie había muerto por una sobredosis de láudano.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero siempre que pinto, al alzar la mirada, un destello de la memoria me hace contemplar sus ojos, brillantes y húmedos, atentos al movimiento rápido de mis pupilas, y pienso en la terrible espera que debió de consumirla en aquella última pintura, cuando comprendí que no necesitaba verla para apropiarme de sus límites. Y, sin embargo, no puedo observar aquel primer retrato que hizo llorar a Lizzie sin sentir una intensa emoción, y todos los que lo han contemplado afirman —sin haber visto nunca a mi modelo— que es la más bella de mis obras, pues Lizzie —que parece nadar en el mar cárdeno que la ilumina— muestra en su rostro una agitación irracional, un ansia infinita de verse a sí misma en los ojos del espectador.

LA APORÍA DEL MÓVIL

Nunca he vivido una amistad más fugaz que la de Brunia. Estaba sentada en un banco del andén, y llevaba un vestido rojo muy ceñido en el torso, pero de falda amplia, ingobernable. Tuvo que acariciar los pliegues para que yo pudiera sentarme, y en su gesto aprecié que sus uñas estaban pintadas de rojo. La miré con un gesto de agradecimiento, y sus labios, muy rojos, me saludaron con una sonrisa. Recuerdo que mi primera reacción —un tanto deformada quizás por mi último viaje— fue la de comparar a aquella mujer tan llamativa entre los colores apagados de la multitud con el san Juan de la *Deposición en el sepulcro* de Van der Weyden, envuelto en un hábito muy sencillo, pero de un encarnado tan violento que empobrece la policromía y los dorados del resto de las figuras. De la estación de Sarriá a los Uffizi, y así se lo hice saber a mi compañera de banco, que me replicó con una alusión a su ignorancia en materia de pintura. Dispuesto a no perder la posibilidad de conversación —pues pertenezco al género, a veces insoportable, de los que acceden a todo a través del diálogo—, y como observara que tenía un libro en su regazo, le pregunté por su contenido. Su propia indecisión para responderme le hizo reír. Tras una breve alusión a lo absurdo del pudor, me explicó que se estaba entreteniendo con la Demonología de Giordano Bruno. «Para Bruno, *Demonio* es el nombre común que designa a dioses, ángeles, héroes, genios, espíritus astrales, ígneos, etéreos, aéreos, acuáticos, terrestres, subterráneos... Tiene el valor de clasificarlos según sus características psicológicas. Es la religión, pero también la magia.» Le contesté que no concebía la una sin la otra, y me disponía a referirme a Enrique de Villena para implicar también a la ciencia, cuando Brunia me interrumpió para anunciarme que el tren esperaba. En el momento de ascender al vagón —con una agilidad muy dulce que parecía evocar sus propias palabras—, Brunia me explicó que los ángeles no son del todo incorpóreos, sino *animales de cuerpo sutilísimo.* El compartimiento se inundó de rojo cuando mi acompañante tomó posesión de su asiento. Me instalé frente a ella, junto a la ventanilla por la que se veía deambular el gris de la multitud. Pasó alguien, una señora apresurada, con una gabardina blanca que fue un rápido destello. Brunia me miraba. «Algunos de ellos, de los demonios, son como animales brutos, y hacen daño sin propósito. Son irracionales, y no los asustan las amenazas ni les afectan las súplicas. Otros son más prudentes, cultos y envidiosos. Siembran la confusión y la duda... Los etéreos son enteramente buenos y amigos de los hombres. Los aéreos son amigos de unos y hostiles para con otros. Fíjate. Los acuáticos y los terrestres o son enemigos o no son amigos, debido a su inferior racionalidad... Los ígneos son los dioses y los héroes... los ángeles. Pero hay otro género de demonios que es el que me apasiona. Son aquellos, según Bruno, tímidos, suspicaces y crédulos. Escuchan y entienden las palabras,

pero no distinguen entre lo posible y lo imposible, entre lo conveniente y lo inconveniente. Temen a las amenazas, y huyen ante la idea de muerte, de cárcel o de fuego.» El tren se puso en movimiento con cierta brusquedad. Expliqué a Brunia la impresión que me domina siempre que viajo en tren, pues la rápida visión a través de la ventanilla me hace creer que permanezco inmóvil y que es el mundo el que viaja en dirección contraria. Mi acompañante se rió por lo absurdo del comentario. «En este caso nunca llegaremos a nuestro destino —murmuró—. Será él el que llegue a nosotros.» Me dirigió una sonrisa y se enfrascó en la lectura. Recordé entonces que llevaba un periódico en la bolsa, y lo saqué. Hice lo posible por entretenerme con las noticias, pero el incendio rojo de Brunia, sus labios rojos entreabiertos, muy atentos, me impedían pensar en otra cosa que no fuera ella. Hice lo posible, también, por no interrumpirla. Parecía obsesionada por la lectura. Por eso me sorprendió que no tardara en quedarse dormida. Su cabeza se ladeó lentamente, y sus manos cayeron, lánguidas, a ambos lados del cuerpo. No pude resistir la tentación de apropiarme de su libro. Con sumo cuidado, extendí el brazo y recogí el tomo de su falda. Pero, a pesar de mis precauciones, los párpados de la mujer se entreabrieron, sorprendiéndome en el acto de apropiación. Me sentí un tanto azorado, pero Brunia se limitó a sonreírme de nuevo, y se dejó vencer por el sueño. Sus manos habían ocupado el lugar del tratado de Demonología.

Al abrir el libro descubrí su nombre. La firma decía únicamente «Brunia», y la rúbrica complicada, casi barroca, envolvía también una fecha no muy lejana. Estuve leyendo el prefacio, y despertó mi curiosidad una aporía de Zenón que citaba el traductor, y que tenía cierta relación con mi anterior comentario sobre el movimiento del tren. A pesar de todo no puedo culparme por lo que no hice, puesto que fue la ignorancia lo que me impidió descifrar los avisos del azar. Sólo después, en ese *después* siempre inevitable, se hacen evidentes para el que no supo entenderlos. Me sumergía, saltando páginas, en las visionarias concepciones de la mente que me brindaba el filósofo dominico, cuando Brunia me sobresaltó con un breve grito. Me miró primero con asombro, y luego con el sosiego del que regresa de una pesadilla. «He tenido un sueño muy raro —me explicó con voz plácida una vez repuesta—. Me perseguía uno de esos demonios de los que te he hablado. Yo le decía que me dejara, que se olvidara de mí, pero él parecía no entenderme. Iba vestido de negro, de un negro mate, y me buscaba con ansia, no sé si para hacerme daño o no, pero yo sabía que tenía que escapar. No parecía malo, pero estaba segura de que provocaba el mal... Y huía, huía aterrada. Cuando le veía cerca, corría en cualquier dirección y me sentía salvada por el movimiento... Ha sido todo muy rápido, pero yo sabía que mientras me moviera él no podría cogerme porque me gritaba, desesperado, que el lugar es la envoltura de los cuerpos, y que en algún lugar deberíamos coincidir.»

No pude hallar una respuesta, y debo insistir en que soy culpable tan sólo en la medida en que no supe abrir mi entendimiento a la fantasía. Brunia olvidó

de inmediato la pesadilla y pasó a informarme de la existencia de unos demonios que habitan en las minas de oro. La conversación se desarrolló inconexa y agradable. Con motivo de una referencia a ciertas artes culinarias me ofrecí a llevarla a un restaurante en donde las practicaban con especial maestría. El breve trayecto tocaba a su fin. Brunia y yo nos apeábamos en la misma estación, y el tren se había detenido ya en nuestro destino. Una vez en el andén nos despedimos entre el tumulto que se apresuraba a ascender o descender de los vagones, pues el jefe de estación se disponía a dar su beneplácito al maquinista. Anoté el teléfono de Brunia en mi agenda, y la última palabra que pronuncié fue su nombre. Brunia me dirigió su última sonrisa. Me mezclé con la multitud que circulaba por el andén, en dirección a la salida. Escuché el sonido metálico del tren en movimiento, y después, tan sólo un instante después, varios gritos que se alzaron al unísono. Me volví hacia donde estaba Brunia, y pude ver una oleada roja que se hundía bajo las ruedas de los vagones. Entre la multitud aterrada, un individuo vestido con un traje negro, de un negro mate, gritaba con desesperada culpabilidad que lo había hecho sin querer, que había sido un accidente, y se desplomaba vencido por el miedo. Fue entonces, situado ya en el *después* inevitable, cuando comprendí los avisos del azar. La pesadilla demoníaca de Brunia tenía razón, y la aporía que despertó mi curiosidad lo confirmaba: «Un móvil no se mueve ni en el lugar en que se encuentra ni en el que no se encuentra.» Pero en algún punto se ha de coincidir.

FAIRY FAIR

La canallada más grande es matar a la persona que te ama. De nada pueden servir los argumentos del placer criminal —tan bien esbozados en múltiples estudios que, a la postre, son tan sólo literatura— ni las defensas desesperadas que se basan, con el beneplácito siniestro de los perros pavlovianos, en desequilibrios más o menos patológicos. Que el canalla, por el hecho de ser descubierto, se convierta en víctima, es algo muy loable pero también muy complejo. Sea cual sea la sentencia, el resultado será la reclusión, y no podrá congratularse la defensa por haber burlado a la muerte, pues una penitenciaría o un manicomio no son precisamente el paraíso que deseaban —mejor sería escribir suponían— nuestros clásicos. El canalla dejará de ser canalla porque dejará de existir para el mundo, pero la sentencia —al menos en el caso irreversible de asesinato— nunca indemnizará a la víctima. Y es esta irreversibilidad de la muerte la que nos impide creer en la justicia. Si aplicáramos la honestidad en su sentido más estricto, admitiríamos la pena de muerte con una sola condición: Juez y verdugo deberían ser juzgados y ajusticiados por otro juez y por otro verdugo que lo serían a su vez por unos terceros, en un largo etcétera que se prolongaría hasta agotar la humanidad. Incluso esta solución radical tiene sus fallos. Las dos últimas personas deberían, o bien suicidarse, con lo que romperían la magia de la legalidad, o bien repoblar el planeta, creando una nueva humanidad manchada por un nuevo pecado original. De cualquier manera, el asunto no queda resuelto, y los restos de Fairy Fair se pudren sin que nadie le haya devuelto lo que le robó su misterioso asesino.

Porque el problema, en este caso, es más grave aún dada la impunidad del canalla. ¡Qué lejos estamos de la elegancia de Albert Spaggiari cuando, al retirarse con los treinta y dos sacos repletos de joyas y de dinero en metálico, escribió en aquella cámara acorazada de Niza: «Sin odio, sin violencia y sin armas»! Las vísceras de Fairy Fair, expuestas a la malsana curiosidad de las moscas, nos hablan de un tipo de criminalidad muy distinta, derrochadora y cruel. Es la diferencia abismal entre los guantes blancos del ladrón perfecto y las manos peludas del monstruo enfermizo. Entre la ironía y la blasfemia.

Fairy Fair huyó de un hogar que no tenía nada de dulce para caer casi de inmediato en el amparo meretricio de un hombre cubierto de cicatrices. La lozanía —ya que no la belleza— de su protegida fue la causa, poco tiempo después, de una reyerta en la que sufrió una herida que no llegaría a cicatrizar. Bajo el nuevo estandarte, la vida de Fairy Fair se normalizó hasta adquirir horarios de oficina. La muchacha, que a esas alturas ya era experta en extravagancias carnales, se lamentaba a menudo por la rigidez de su vida cotidiana, y esperaba, como todas las mujeres pobres de espíritu, la llegada de un hombre que la rescatara del aburrimiento. Pero los varones con que su

trabajo la relacionaba estaban muy lejos de poder darle eso que, precisamente, era lo que exigían a cambio de dinero. Fairy Fair los despreciaba por la facilidad con que resolvían su problema, y adoptaba ínfulas de princesa bastarda. Esto hizo subir su cotización, pues enloquecía a la clientela su frialdad distante, casi ascética, de prostituta a causa de un calor inconfesable o de un destino fatal. Nunca la arrebataba la pasión en brazos de un hombre —ni tan siquiera en los de su protector, al que se consideraba unida por lazos estrictamente comerciales—, pues le repelía su animalidad tan rápidamente satisfecha. Buscaba un hombre que no eyaculara en los primeros impulsos y que no necesitara una escenografía absurda para poseerla. Además, y sobre todo, que no la mirase con timidez, con miedo, ni con deseo. Pero Fairy Fair, a pesar de los falsos títulos que ostentaba su arrogancia, a pesar de sus modos elegantes que la llevaban a amar las cretonas y las perlas, a pesar de que leía, torpe y lentamente pero con toda la constancia posible, biografías de personajes históricos, recetarios de cocina y revistas de alta costura, a pesar de todo esto y de sentirse desclasada, era un claro exponente de la decepción arrabalera, asqueada de su inevitable reclusión.

Numerosas personas —compañeras de Fairy Fair, pequeños comerciantes, proxenetas y jubilados— recuerdan el gran automóvil blanco como la inocencia que recorría por aquellas fechas las callejuelas inhóspitas del barrio. Todos recuerdan la extrema lentitud de su avance, impulsado por un motor tan silencioso que parecía no existir, pero nadie llegó a ver a su ocupante, pues éste nunca salió de aquel vehículo que tenía espejos por cristales. Su presencia fue casi diaria durante una breve temporada, y ni la desconfianza ni la curiosidad fueron capaces de detenerlo. Era evidente que su itinerario repetitivo, casi ritual, significaba algo —quizá una búsqueda—, pero la carrocería ostentosa que envolvía al desconocido llevaba a pensar que éste podía satisfacer sus deseos en lugares más propios de su anonimato. Numerosas personas recuerdan también, ya que el hecho se produjo en una plazuela concurrida, el día en que el automóvil se detuvo, por primera y última vez, junto a Fairy Fair. El espejo descendió un dedo sin emitir sonido alguno, y la princesa prostituta se asomó al resquicio para atender a la llamada del desconocido. Fairy Fair escuchó durante un breve momento, y se volvió hacia sus vecinos con el rostro radiante. Alguien, una anciana, la retuvo por el brazo. Pero Fairy Fair la miró como el que mira a un loco o a un muerto, esbozó su última sonrisa, y se deslizó por la puerta que se abrió tan sólo un instante.

Pocos días después encontraron su cadáver en un apartamento perdido en la aglomeración de otra barriada. Su vestido —un vestido de cretona estampada con flores azules y verdes— fue hallado bajo la cama, y las perlas de su collar diseminadas por toda la habitación. No se pudo localizar en el lugar del crimen ninguna otra pertenencia de Fairy Fair —ni tan siquiera su ropa interior, que habitualmente no utilizaba—, pues tan sólo con aquéllas ascendió al automóvil blanco. El tronco de la prostituta reposaba sobre la cama en un

baño de sangre. Le habían cortado la cabeza para unirla soezmente a los glúteos, y sus extremidades colgaban de las perchas de un armario abierto. Sus vísceras, extraídas con meticulosa brutalidad, y sus pechos seccionados, habían sido expuestos sobre la mesa. La portera del inmueble, que descubrió el cadáver descuartizado, tuvo que ser atendida de un ataque de nervios, y algún policía se vio obligado a vaciar su estómago en los lavabos.

Paradójica, tristemente, se practicaron múltiples detenciones en el barrio de donde procedía la prostituta. Todas las declaraciones recordaron la presencia del automóvil blanco, y un periódico sensacionalista publicó un artículo —fantasioso y mal escrito— titulado «El caso de la Cenicienta desafortunada». Entre las contradicciones de unas y la propaganda tendenciosa del otro consiguieron que nadie creyera en la existencia de aquel sádico Plutón. Fairy Fair fue enterrada sin honores, sin cánticos y sin lágrimas, tal como le correspondía, y su caso pasó a engrosar ese cincuenta por ciento teórico de crímenes que nunca se llegan a resolver.

Hasta aquí la exposición, breve, de unos hechos que tampoco revisten demasiada importancia. El mundo no perdió gran cosa al perder a Fairy Fair. Pero, si por algún motivo vale la pena conocer esta pérdida, es por la situación que no alcanza nuestro conocimiento, y que angustiosamente imaginamos. Es la base, también, del terror. Una vez llevada al apartamento —mediante la más cruel argucia—, y cuando el asesino se disponía a matarla, Fairy Fair tuvo necesariamente que mirarle a los ojos. Este último instante de engaño retrata la espantosa inhumanidad del canalla, pues la mirada de Fairy Fair debió de reflejar, quizás, un principio de ternura. Sin duda, una infundada esperanza.

TERTULIANO Y EL LUNÁTICO

Las razones por las que don Anastasio Selbst llevó a cabo su ignominiosa acción escapan a toda persona que se rija por normas morales o éticas y que no haya caído en el intolerable vicio de la indiferencia. Su acto, aunque a todas luces reprobable, obedeció sin embargo a profundos motivos de orden intelectual y a una necesidad casi heroica de coherencia, por lo que un observador avispado, si además estuviera libre de prejuicios y no amara la sentencia, no podría por menos que aplaudir, si se lo permitiera el horror, al don Anastasio convicto —pero nunca confeso— que acaparó las páginas de una prensa que con tan insana premura no dudó en reclamar la máxima pena para el asesino. No se trata aquí de defender ningún acto criminal, y mucho menos algo tan espantoso como lo que hizo don Anastasio, pero se ha de reconocer que su impulso, sus móviles y su ejecución distaron mucho de los de cualquier otro asesinato, y que por lo tanto debieron ser comprendidos, estudiados y juzgados bajo un prisma deliberadamente irregular. Pues no en vano dijo Tertuliano, según cita Jung: *«Et mortuus est Dei filius, prorsus credibile est, quia. ineptum est. Et sepultus resurrexit; certum est, quia. impossibile est.»* (Y muerto está el Hijo de Dios, lo cual realmente es creíble, porque es absurdo. Y sepultado, resucitó; esto es seguro, porque es imposible.)

Mucha gente hubiera debido tener presente esta máxima cuando don Anastasio, asegurando hablar en nombre de su verdadera personalidad, negó una evidencia avalada por las declaraciones de doscientos cuarenta y siete testigos, cien de ellos de probada honestidad. Y ello a pesar de que Tertuliano, según narra la historia, se hiciera seguidor del heresiarca frigio Montano, proclamando la imperdonabilidad de ciertos pecados mayores como el homicidio, por lo que hubiera figurado entre sus más fervientes acusadores. Lo cual no fue óbice para que don Anastasio —y con esto completamos este exordio seguramente tautológico— se permitiera matar en nombre de algo que, por ser tan absurdo, posiblemente escondiera parte de verdad.

Nuestro desgraciado protagonista estaba adjunto a algún oscuro departamento de la universidad. Aunque es cierto que su relación casi anecdótica con el alumnado no justificaba un sueldo, también es cierto que lo que don Anastasio percibía se justificaba con la más mínima actividad. Nadie sabía a ciencia cierta para qué estaba allí ni quién lo había puesto, pero su presencia no se hacía en absoluto molesta, y su colaboración para labores rutinarias estaba siempre asegurada. El mismo don Anastasio afirmaba que sólo una vez había intentado llevar a la práctica cierta actividad docente con un cursillo sobre la apostasía de Tertuliano, pero que lo había tenido que abandonar por falta de oyentes. Nadie hubiera podido imaginar que aquel hombrecillo achacoso y pacífico que vivía de infusiones, que olía a

encuadernación antigua y que disfrutaba de la facilidad senil de un sueño que lo raptaba en los lugares más impropios, se dispusiera a realizar una acción tan espantosa por el simple deseo de renacer.

Todo empezó cuando los semanarios de la *dolce vita* reprodujeron en sus portadas un rostro tan bien esculpido que —según afirmó un alumno de introducción a la semiótica que había acompañado a don Anastasio a comprar el periódico— hizo exclamar a nuestro hombre algo relativo a la impotencia de Miguel Angel. A partir de ahí, los datos anteriores al horrible suceso, por lo que se refiere a don Anastasio Selbst, se difuminan en un conglomerado de silencios. Sabemos, sin embargo, que la estrella Rossmarie Bellnight se disponía a visitar Barcelona para promocionar su última película, *The anxious Venus*, y que su rostro, impreso a todo color, alteró profundamente al hombrecillo que nos ocupa. De este primer contacto —si es que a eso se le puede llamar contacto— hasta el día fatal sólo nos ha quedado un a modo de diario elaborado con notas sueltas, que don Anastasio olvidó en un cajón de la biblioteca. Estas notas, guardadas en un cartapacio junto a múltiples fotografías de la actriz, permiten seguir —aunque muy deslabazadamente— el proceso lógico de don Anastasio. Una de ellas dice: «Según el principio de los opuestos, la vida es construcción y destrucción, creación y derrumbamiento, vigilia y sueño. Se trata de un principio cósmico, reminiscencia de las doctrinas del antiguo filósofo griego Heráclito y del filósofo alemán idealista Hegel. Hasta aquí transcribo al pie de la letra. El movimiento es oscilatorio, de la tesis a su antítesis. La energía nace de este roce constante. A mayor conflicto entre los opuestos, mayor energía provendrá de ellos.» Dos días después, escribe: «Rossmarie Bellnight es la antítesis de Anastasio Selbst.» Y, poco antes de su horrible decisión: «Jung nos habla de la *sombra.* Esta contiene las exigencias y deseos que no pueden ser aprobados por el ego consciente. Es una personalidad dentro de la personalidad. Es el elemento femenino de mi psique: mi ánima. Esta, y no otra, es la *raison d'être* de Rossmarie Bellnight.» La última nota, fechada el mismo día del espantoso crimen, dice así: «Para sobrevivir necesito acumular energía. Mi única posibilidad es enfrentar los opuestos con la dialéctica violenta de la *sombra.* Me entrego a mi inconsciente con la seguridad de que nada bueno me depara y de que ésa es mi salvación. Lo hago consciente de que esta conclusión, por ser tan absurda, es cierta.»

El último acto público de Rossmarie Bellnight fue poco antes de tomar el avión de regreso, en el salón de espera del aeropuerto, en donde ofreció una rueda de prensa. La actriz estaba sentada tras una mesa baja donde reposaba una copa de vermouth que contenía un líquido verde. La palabra «Rossmarie» se repetía como un eco en las bocas de los periodistas, que luchaban por arrancarle un segundo de atención. Y la estrella, envuelta en un abrigo de pieles, extremadamente pálida, sonreía a todos con la complacencia del que sabe ser avasallado. Faltaban pocos minutos, y la multitud se agolpaba en torno a aquellos labios muy rojos con la esperanza de oír sus declaraciones.

Un individuo sostenía los galgos rusos de la actriz, y organizadores y guardaespaldas la protegían con mayestático aburrimiento. Fue inmediatamente después de que el reportero de una revista sorpresiva le preguntara si eran ciertos los rumores de que sufría mastodinia, cuando un hombrecillo se situó junto a la actriz con vertiginosa decisión y le hundió una daga en el cuello. Rossmarie abrió la boca, y su abrigo de pieles se cubrió de sangre. Varios energúmenos cayeron sobre el agresor y lo redujeron con rapidez. Tras el tumulto, los galgos de la estrella aullaron a la muerte.

Las únicas declaraciones de don Anastasio Selbst se produjeron en el mismo lugar del criminal atentado. Un periodista, que logró llegar hasta él en los primeros momentos de confusión, le preguntó el motivo de su acción. Las palabras de don Anastasio fueron definitivas: «Si queréis a Rossmarie id a ver *The anxious Venus.* Yo sólo he matado a mi antítesis.» El asesino insistiría repetidas veces en que se le diera una oportunidad para explicarse, pero las autoridades lo sometieron a una incomunicación absoluta. Tras el juicio, don Anastasio fue confinado en un recinto penitenciario en donde debería pasar el resto de su vida, y en el que tampoco se admitió la recepción de visitas. Desesperado, don Anastasio se suicidaría una noche mordiéndose las venas de una muñeca, y con él desaparecería la posibilidad de escuchar sus desvariados motivos.

Personalmente considero, y así lo declaré en el juicio, que el proceso lógico no era sino una complicadísima autoexcusa con la que don Anastasio pretendía ocultar —y ocultarse— sus verdaderos motivos. Opino que don Anastasio se vio dominado por un instinto de supervivencia pública, no personal, y que esperaba, con aquel rito de sangre y de extinción, acaparar la personalidad divulgada de Rossmarie Bellnight y hacerla suya. Pero el rostro de la actriz dominó de nuevo las portadas de los semanarios, y su nombre se superpuso de una vez y para siempre al de su asesino, al que sólo se le aplicó un apodo. Don Anastasio Selbst se mordió las venas porque los titulares de la prensa fueron casi unánimes: «La divina Rossmarie Bellnight, brutalmente asesinada por el lunático de la antítesis.»

UN LADRÓN NEORREALISTA

Su mujer le golpeó con el despertador, y don Mariano esbozó una sonrisa soñolienta. Pensó que aún tenía cinco minutos para dormitar y no se molestó en abrir los ojos. La señora, benévola, permitió que los disfrutara, pero a las siete en punto volvió a coger el despertador y golpeó de nuevo a su marido. Luego le dio un rodillazo cariñoso, y lo echó de la cama. Don Mariano cayó al suelo entre una nube de sábanas. Se levantó, bostezando, y buscó las zapatillas. «No las encontrarás —murmuró la señora—. Las tiró el chiquitín por la ventana. Pídeselas a la portera. Tiene la obligación de recoger las cosas que tiramos.» Don Mariano fue al cuarto de baño y se contempló en el espejo. Pensó que ya no era joven, lo cual le sumió en una profunda desesperación. El chiquitín, que había entrado detrás de él, le dio una patada en la espinilla y se sentó en el retrete. Don Mariano se lavó con meticulosa pulcritud atento a las sonoridades de su vástago, que canturreaba una canción obscena entre ventosidad y ventosidad. Una vieja melodía, pensó don Mariano. Cuando salió del baño, una pastilla de jabón le pasó rozando la sien. Regresó al dormitorio y encendió la luz. Su mujer tiró la almohada contra la lámpara, y la bombilla se apagó con un breve estallido. Don Mariano, en penumbras, buscó la ropa en el armario. «El despertador se ha roto —dijo la señora—. Tendrás que llevarlo a arreglar. Y el domingo cumple tres años el chiquitín. Compra un buen regalo... Mejor dos. Compra dos regalos. Uno para mí, que para algo soy la madre.»

Se había puesto el traje gris. En el rellano del primer piso comprobó que llevaba las gafas, los tissues y el paraguas. La portera acudió solícita a abrirle el portal, que aún estaba cerrado. Don Mariano le pidió sus zapatillas, pero la señora le comunicó que se las había regalado a un sobrino. Acto seguido propinó a don Mariano dos sonoras bofetadas, y regresó a su cubil. El cielo estaba encapotado, y los escasos madrugadores andaban encogidos, afectados sin duda por el peso de la atmósfera. Don Mariano se encaminó hacia la parada del autobús. Se detuvo en el kiosco para comprar el diario, y entró luego en un bar con la intención de tomar un café con leche. No consiguió que el camarero se fijara en él, por lo que regresó a la calle con una leve sensación de vacío en el estómago.

El cobrador del autobús le dijo que tenía una sonrisa tan estúpida como la Monna Lisa. Don Mariano desistió de leer el periódico, pues no había espacio para desplegarlo. Se entretuvo contemplando el paisaje urbano a través de los cristales empañados por la grasa. Pensó que no podía regresar a casa sin las zapatillas, y que debía solucionar el problema antes de la noche. Pensó también que no podía olvidarse del regalo del chiquitín. Un tren blindado le haría ilusión. A su mujer le compraría una pulsera de oro o una barra de *rouge*. Se sintió angustiado por la desaparición de sus zapatillas. Y advirtió,

demasiado tarde, que había olvidado el despertador.

El portero de la oficina le pidió el periódico para hojearlo, y se negó a devolvérselo. Don Mariano no insistió en la reclamación, pues estaba muy preocupado. Saludó a la secretaria, que no se molestó en contestarle, y colgó el abrigo en el perchero. Habían perfumado la estancia con un ambientador que provocaba náuseas. Don Mariano se sentó frente a su mesa. Intentó concentrarse en el trabajo, pero estaba obsesionado por la acumulación de contratiempos. A las diez llegó su jefe y, como cada día a lo largo de diecinueve años, preguntó a la secretaria quién era el individuo sentado en la otra mesa. La secretaria contestó que don Mariano, y el jefe pareció satisfecho con la respuesta. De inmediato se encerraron los dos en el despacho privado y dejaron a don Mariano solo con sus temores. La pérdida o robo de sus zapatillas era un problema de difícil solución. Podía comprar otras iguales, pero su mujer advertiría rápidamente el cambio. Por otro lado, debía encontrar los regalos. Y, por la noche, su mujer estaría esperándole con el despertador en la mano. Don Mariano consideró seriamente la posibilidad de suicidarse.

A las once en punto, el portero dio parte de que don Mariano había abandonado el despacho sin mostrar el permiso reglamentario. Se tramitó de inmediato la orden de despido, que el empleado nunca llegaría a conocer. Veinte minutos después entró don Mariano en una sucursal de banco, y pidió sacar dinero de su cuenta. El cajero se negaba a entregárselo sin permiso de su mujer, pero el problema pudo resolverse con una llamada telefónica. La señora dio su consentimiento, pues creía que don Mariano deseaba comprar los regalos. Mientras contaban los billetes, don Mariano miraba, abstraído, el cristal blindado que protegía al cajero. Este, al entregarle los fondos, le anunció que su señora estaba indignada por el olvido del despertador. «Dice que la va usted a oír», dijo. Y aprovechó que su cliente deslizaba la mano bajo el cristal para tamponarle los dedos. Don Mariano retiró la mano y contó los billetes. Pidió perdón, dio las gracias, y salió de nuevo a la calle.

Instantes después entraba en una ferretería. Reapareció con un paquete bajo el brazo. Se sentó en la terraza de un bar, y rompió el envoltorio del paquete. El camarero, al servirle un agua mineral, le golpeó con los nudillos en la nuca, pero don Mariano pareció no enterarse. Estaba deshaciendo un rollo de alambre. Probó su resistencia, y lo dobló por diversas partes con meticulosidad de artesano. A las doce y cuarto compró tres maletines de piel. Advirtió entonces, aunque sin pesar, que había olvidado el paraguas en la oficina. La atmósfera seguía irrespirable, pero no parecía que fuera a llover.

Cuando empujó la puerta, el sonido de la campanilla quedó ahogado por el ruido de los animales. La dependienta, que tenía cara de grulla, se sostenía sobre un solo pie. El otro lo tenía escondido bajo la falda escocesa. Don Mariano depositó los maletines sobre el mostrador y le pidió que los llenara de periquitos. La dependienta, mientras cumplía la orden, anunció que denunciaría el hecho ante la Sociedad Protectora de Animales. Como don Mariano pareciera no oírla, la mujer degolló un periquito en señal de protesta,

y tiró el cadáver a los pies de su cliente. Luego contabilizó los pájaros vendidos y se enfrascó en la elaboración de la cuenta. «Le cobro el muerto —amenazó—. Todos acabarán igual.»

A la una menos diez, don Mariano entró de nuevo en la sucursal del banco. Dejó los tres maletines en el suelo, y estuvo rellenando impresos al azar en espera del momento propicio. Este llegó cuando el cajero se dispuso a ordenar los paquetes de dinero. Los extendió sobre el mostrador, al otro lado del cristal. Don Mariano se tomó el pulso y comprobó que no estaba alterado en exceso. Dejó caer el bolígrafo, y al recogerlo abrió uno de los maletines. Los periquitos, espantados por el encierro, volaron enloquecidos. Recorrían la sucursal clamando su pánico, y se estrellaban contra las paredes, o se posaban sobre las mesas y en lo alto de los archivadores. Todos los empleados, hasta el cajero, cayeron en la trampa de la sorpresa y abandonaron sus puestos para dar caza a los animales. Mientras una señora, de la sección de Cartera, gritaba enfurecida que no se dañara a los periquitos, don Mariano extrajo de la chaqueta un instrumento de alambre. Comprobó con satisfacción que nadie le observaba, y deslizó el instrumento bajo el cristal blindado. Le costó un gran esfuerzo atrapar el primer fajo de billetes, pues no había ensayado el uso de las pinzas. Estas, sin embargo, respondieron con toda perfección, y el dinero que se encontraba en el mostrador pasó en pocos momentos al interior del maletín vacío. Don Mariano, sin entretenerse a observar las escenas de volatilería, recogió sus cosas y abandonó la sucursal.

Caminó en dirección a otro banco, y allí repitió la operación con el mismo éxito. Sin embargo, cuando intentó entrar en la tercera sucursal la encontró cerrada. Miró la hora. Era ya demasiado tarde. No podía perder tiempo, pues la policía no tardaría en invadir el barrio. Entró en una cabina de teléfonos, y metió el producto de los robos en un solo maletín. Abandonó el otro en la cabina. El tercero, lleno aún de periquitos, lo depositó sobre un coche aparcado. Accionó el mecanismo de apertura y se alejó apresuradamente. En la esquina detuvo un taxi, y pidió que le llevara al aeropuerto. Pudo oír, a lo lejos, el aullido de las sirenas.

Con el maletín en la mano, observaba atentamente los horarios de salidas. Los altavoces llamaron a los pasajeros de un vuelo internacional, y don Mariano pensó que no debía demorarse en la elección de su destino. Se apresuró en conseguir un pasaje para aquel vuelo inminente. Cuando don Mariano retiraba la tarjeta de embarque, la empleada le dio un leve sopapo de despedida.

DISPARATE DEL CABALLO RAPTOR

(Fantasía goyesca)

Luto lo sabía, y por eso fue condenado, pero lo cierto es que no tuvo la oportunidad de escapar a su conocimiento, ni la desfachatez de renegar del ofensor. Lo único que alegó en su defensa fue que a él se le pagaba por cumplir un trabajo, y que lo había cumplido con corrección. Los asuntos amorosos de su pupilo no le concernían, máxime cuando no había habido ninguna violencia —aparte de las propias del deseo—. También es cierto que el juez fue tan indulgente con él como despiadado con el ofensor, y que Luto disfrutó de una vejez digna en libertad.

La historia comenzó un otoño ventoso y algo cálido. La población, especialmente la de la zona que nos ocupa, parecía temer o anhelar el invierno, pues se recluía en sus hogares con precipitada celeridad. En los barrios altos, ya de por sí aversos a las multitudes, los encuentros se distanciaban hasta hacerse poco menos que imposibles, pero aun así los ocasionales paseantes podían transitar con tranquilidad. Ese otoño iba a deparar, sin embargo, una serie de misterios que se resolverían de la manera más asombrosa. Todo empezó cuando una joven filipina, del servicio de una mansión, desapareció una noche mientras paseaba al perro de la casa. El animal regresó solo y abatido, y pasados los pocos días en los que la inquietud se convierte en alarma, su dueña optó por llamar a la policía. La belleza de la criada hizo temer que hubiera caído en las redes de la prostitución. Como era gente con influencias, hubo un par de redadas por el barrio chino, pero la filipina no apareció. A falta de otra solución, el caso quedó archivado, que es un eufemismo para decir que se entregó al olvido.

Algo, otra desaparición, lo rescataría casi de inmediato de ese olvido que fue tan breve. Esta vez el asunto era más grave, pues se trataba de la hija mayor de un acaudalado inversionista, que estaba a punto de casarla con un concejal famoso por sus negocios. Como la muchacha fuera algo amante de las cosas bohemias, su padre pensó que podía haberse fugado con alguno de sus amigos, pero éstos fueron debidamente investigados y todos pudieron demostrar su inocencia. La policía no reparó en medios para encontrarla, pero sus desvelos resultaron inútiles. De inmediato se asoció esta desaparición con la de la sirvienta filipina, y empezó a barajarse la posibilidad de un desconocido raptor. Faltaba, sin embargo, algún indicio que permitiera asegurar su existencia, y se resolvió esperar a que actuara de nuevo. La espera resultó breve, pues pocos días después —aún no había llegado el invierno— fue secuestrada otra joven.

En esta ocasión hubo un testigo, pero sus condiciones personales no inspiraban ninguna confianza, y sus declaraciones no hicieron sino justificar

esta aprensión. Don Argantonio —que, todo el vecindario lo sabía, era un suicida en potencia y en intenciones— declaró haber visto pasar a la muchacha frente a su casa, y aseguró que caminaba muy contenta, silbando *I need you a.11 the time*, sin advertir que un gran caballo la seguía de cerca, rítmico y elegante. El testigo solitario juraba que el caballo alzó a la muchacha por sus ropas, y que emprendió el galope con su víctima atrapada entre sus fuertes incisivos. También decía que la muchacha, por las razones que fueran, no había opuesto demasiada resistencia. Era un testimonio a todas luces falso, y la policía optó por despreciarlo. Acontecimientos posteriores vendrían a reivindicar, sin embargo, la salud mental de don Argantonio.

Cuando llegó el invierno, habían desaparecido en total trece mujeres. Los hombres, escandalizados por la impotencia que demostraban las autoridades, organizaron patrullas ilegalmente armadas y juraron acabar con el secuestrador. Las mujeres, por su parte, estaban dominadas por una excitación que iba más allá del miedo. El barrio había quedado desposeído de sus jóvenes más bellas, y nada permitía suponer que se pudiera recuperarlas. La fantasía popular había dado alas al caballo de don Argantonio, y se rumoreaba que tenía un pico similar al de las águilas. Había nuevos testigos que aseguraban se trataba de un corcel grande y muy negro, y las mujeres, equivocadas por los fantasmas del terror, paseaban mirando al cielo con un poco de miedo y con un poco de deseo. El caballo alado se había convertido en un mito para las señoras, en un monstruo para los varones, y en un delirio colectivo para los sociólogos de la policía. Hubiera sido fácil interpretar esa entelequia, pero la evidencia no siempre muestra su verdadero rostro. Se tardó aún varios meses en descifrar el enigma, y sólo se pudo lograr merced a un pequeño desliz de Luto, agravado por ocasionales habladurías. El raptor parecía haberse contentado con sus trece víctimas, y la vida cotidiana regresó a una relativa normalidad. Desde la llegada del invierno no se había producido ningún secuestro, y a mediados de la estación se supuso que el enigmático ofensor había concluido su obra. Pero la propietaria de un colmado esquinero observó en uno de sus clientes una actitud ciertamente extraña. Luto, el encargado de las caballerizas, compraba a diario trece raciones de todos los productos alimenticios que podía necesitar una pequeña colectividad. La colmadera lo comentó con la mujer que le proporcionaba los huevos, y ésta lo introdujo como un chiste en una reunión de amigas. Una de ellas, empleada en una papelería, se lo contó en la trastienda a un soldado que había logrado enamorarla, y éste relató la historia a su madre durante la cena. La buena señora se lo contaría a su mejor amiga en la platea de un cine, y la amiga tardaría varios días en acordarse del chisme en un momento adecuado para exponérselo a su marido, quien lo comentó, en el salón de billares, con un comisario famoso por su precisión con el taco. De esta manera llegó el rumor a mentes autorizadas, pero éstas tardaron un tiempo más en utilizarlo. Sólo tres semanas después de aquella partida de billar, dos inspectores de paisano, convencidos de hacer el ridículo, ordenaron a Luto que les dejara acceder a las

caballerizas. El encargado adoptó una actitud sumisa, de resignada fatalidad. Les explicó que estaba esperando a que alguien como ellos le dijera lo que le habían dicho, y les cedió el paso con humilde entereza. Los inspectores no llegaron a traspasar el umbral de la cuadra. Un caballo negro, muy grande, los observaba tumbado en el centro del recinto. Y abrazadas a él, repartidas por el heno, desnudas en la indolencia del harén, las trece cautivas lo acompañaban sin aparente rencor. Los inspectores no supieron tomar otra decisión que la de huir. Regresaron al poco rato, acompañados por la algarabía del descubrimiento. Pero, ante el asombro de sus libertadores —policías, padres o maridos, todos presentes—, las cautivas se negaron a abandonar el recinto, y tuvieron que ser evacuadas contra su voluntad y devueltas a sus hogares por la fuerza. Pasado el tiempo, alguna de ellas acertaría a explicar sus motivos, pero en aquellos momentos de confusión en que los salvadores descubrieron ser intrusos, las mujeres se limitaron a oponer una feroz resistencia. Tan sólo el caballo se mantuvo impávido, sereno y elegante, hasta el momento final.

Varias de las cautivas optaron, una vez devueltas a sus hogares, por la plácida interrupción del suicidio. Otras, menos valientes, se resignaron a vivir en los recuerdos. Tan sólo la hija del inversionista —poco antes de huir de su casa, abandonando a su padre y a su futuro marido— se prestaría a declarar para la prensa, pero ésta matizó muy acertadamente que los juicios de la muchacha no debían ser tomados en consideración, pues eran producto del fuerte trauma producido por tan largo encierro. La secuestrada declaró que tanto ella como las demás mujeres habían sido satisfechas por el caballo, pues éste, no contento con ser el animal más bello, sabía también despertar la lujuria. El suceso quedó así minimizado por la locura. Y los hombres, que conocen la envidia, se vieron obligados a sacrificar el caballo. Las pupilas del corcel negro, que no reflejaron dolor, tampoco acertaron a expresar una súplica de clemencia.

II. Suite oriental

Robert Duvall se paseaba destacado y agresivo bajo la lluvia de bombas, y el estruendo de los altavoces debió de apagar la detonación, si es que la hubo. Yo estaba aún hechizado por las escenas del wagneriano ataque de helicópteros, y quizá por eso no advertí de inmediato el sofoco del humo. Pero sí pude oler un aroma empalagoso, parecido al de la frambuesa podrida. Hubo un breve alboroto entre los acomodadores, que proyectaron la luz de sus linternas hacia lo alto. Se hizo visible entonces, como un fuego de artificio que hubiera escapado de la pantalla, la nube de humo rosado que se extendía por la sala. A punto estuvieron de detener la proyección, pero aquella niebla se difuminó con rapidez y uno de los empleados descubrió, iracundo, unos trozos de vidrio sobre la moqueta. Aclarada la causa se recriminó al anónimo bromista con breves y públicas amenazas, y los acomodadores regresaron a las puertas. En la pantalla una vietnamita dejaba caer su granada en el interior de un helicóptero lleno de soldados.

No fue hasta las últimas escenas, con Marlon Brando oleaginoso y místico, cuando descubrí el bolso abierto cerca de mi mano. Observé de soslayo a mi vecina de butaca, extasiada por los fulgores de la película. Luego desvié la mirada, incapaz de conrenerme. Su bolso, un objeto menudo y brillante, dejaba entrever una esquina del billetero. La señora lo había olvidado entre el muslo y el reposabrazos, y mis dedos caían a escasa distancia de la abertura. Cegado por una avidez incontenible deslicé la mano con un gesto suave, y me encontré con el billetero entre los pliegues de mi abrigo. De inmediato sentí vergüenza y miedo. No tuve coraje para huir, y permanecí inmóvil en mi butaca, sudando, hasta el final de la película. En el momento de levantarme, la señora, a la que yo miraba aterrorizado, me dirigió una breve sonrisa, y estuve a punto de suplicar clemencia. Pero ella se volvió distraída hacia su acompañante, y aproveché el respiro para perderme entre la multitud que se arremolinaba en los pasillos. Pronto estuve en la calle y paré un taxi. Sin saber por qué, no le di la dirección de mi casa sino la de una calle próxima. En el momento de arrancar miré el vestíbulo del cine a través de la ventanilla, pero no observé ningún alboroto en el tumulto.

El taxista entretuvo el trayecto recitando algunos sonetos de Garcilaso, y agradecí el tono suave de su voz. Con la cabeza reclinada en el respaldo y los ojos cerrados, sentía las luces del exterior acariciándome los párpados, y pronto me vi libre de la tensión producida por el robo. Estaba a punto de quedarme dormido cuando el automóvil se detuvo frente a la dirección que le había indicado. El taxista me preguntó si me encontraba mal, y le respondí que hubiera preferido que recitara a san Juan de la Cruz. Deslicé una mano en el bolsillo para hacer sonar las monedas, pero la otra se posaba ya sobre la

manija de la puerta. La abrí mientras simulaba interesarme por el taxímetro, y al instanre estuve corriendo por la acera desierta seguido por los gritos cada vez más lejanos del conductor.

Corrí hasta cerciorarme de haber escapado. Sudaba copiosamente, pero de nuevo, cometida la fechoría, había desaparecido la tensión. Pronto estuve frente al portal de mi casa. Ya en el ascensor me llevé una mano al pecho, agitado por la carrera. La proximidad del corazón me hizo echar en falta una presencia habitual. Busqué en vano por los bolsillos del abrigo. Me habían robado la cartera.

* * *

Un número me dijo que debía denunciar el robo antes de tramitar de nuevo mis papeles, y me señaló una escalera que ascendía hacia las oficinas. Esperé mi turno con la secreta angustia que se le supone al criminal rodeado de policías. Los agentes, al pasar a mi lado, me observaban con miradas furtivas. Nada en mí debía de parecerles sospechoso, pues sus pupilas revelaban una absoluta indiferencia. Pensé, no sin cierta hilaridad contenida, en lo absurdo que era denunciar el robo de mi cartera cuando la misma noche había sustraído el billetero a una señora. Pero lo cierto es —aunque el principio de mi narración haga sospechar lo contrario— que hasta aquel momento me jactaba, y con razón, de no haber dispuesto nunca de aquello que no me perteneciera. Soy un hombre honesto, y no soy víctima de circunstancias que pudieran hacérmelo olvidar. Decidí no dar importancia al asunto. Sentado en el banco de la Comisaría pensé que así purgaba mi delito, y me hice la firme promesa de no repetirlo.

Una matrona asomó la cabeza desde una de las oficinas y me hizo un gesto que podía ser de amenaza o de absolución. La seguí al interior del despacho. Tras una mesa ordenada con pulcritud, un hombrecillo me observaba con profundo aburrimiento. A su lado, un policía joven escribía a máquina. Se habían desprendido algunas teclas, y el maquinista pulsaba los hierros que debían soportarlas. Sus dedos castigados sangraban copiosamente. Pensé que el hombrecillo no pondría esa cara de fastidio si el policía joven fuera una muchacha. Sin abandonar su mueca, que mantenía en el rostro con la constancia de una máscara, tomó nota de mis datos y me explicó que se había infiltrado una banda de rateros entre el público del cine, porque estaban agobiados por las denuncias de robos. Me sentí un poco ofendido al verme tratado de ratero, pero mucho más por haber colaborado sin saberlo con aquella banda de carteristas.

No me entretuvieron mucho tiempo. El hombrecillo decidió recomendarme que desesperara de recuperar mis pertenencias, y se despidió con un saludo seco antes de que yo me levantara. Se dirigió en clave al policía que escribía a máquina con la seguridad de que yo no le entendería. No le entendí, así que opté por retirarme. Al descender la escalera pude advertir, a través de las

ventanas enrejadas, que había empezado a llover. Maldije mi poca previsión, pues el día ya lo anunciaba y no había cogido paraguas. Cuando atravesaba el vestíbulo, un impulso —irresistible pero sereno— me encaminó hasta el paragüero. Me apropié de un ejemplar elegante, de tela negra y empuñadura de nácar. Lo abrí con un gesto apresurado, sonreí al número que hacía guardia en la puerta, y me alejé con precaución por la acera resbaladiza.

* * *

Esperé a que se agotara la cuerda del despertador. Luego me senté en el borde de la cama. Otra vez me temblaban las manos y me encontraba abatido por una angustia inexplicable. Busqué a tientas la bata y salí al pasillo. Una vez en la cocina puse en marcha la radio, pero la desconecté de inmediato. Necesitaba ejercitar de nuevo las manos. Me encaminé hacia el recibidor y abrí la puerta. El rellano estaba desierto, pero el portero ya había repartido la prensa. Mi vecino estaba suscrito a La *Vanguardia*., y el diario reposaba sobre la esterilla. Al alzarlo, retrocedí sigilosamente y me puse a salvo en mi apartamento. Estaba asustado, pero había desaparecido el temblor de mis manos.

Ya en la cocina conecté de nuevo la radio. Una voz estridente, totalmente desacorde con la hora, glosaba las virtudes del buen vino. Mientras yo ponía leche a calentar, el locutor explicaba que un tinto necesita haber estado en madera, pero que el proceso del buqué se realiza en una botella. Fui al dormitorio y tiré la bata sobre la cama. Al abrir el armario, la visión de mi botín me provocó una leve náusea. En sólo dos semanas había reunido siete carteras, tres abrigos, cuatro paraguas, unos lentes, dos muletas, y una gran cantidad de bolígrafos y encendedores. Pero lo que hacía doblemente absurda mi rapiña era un último vestigio de honestidad que me impedía disfrutar del producto de mis robos. Me limitaba a enterrarlo en el armario, y evitaba su contemplación, pues me alteraba la conciencia. Regresé a la cocina, ya vestido, cuando la leche empezaba a hervir. El locutor, algo más sosegado, anunciaba una clasificación de los bebedores de vino. El primer grupo comprendía a los que, dijo, lo tomaban con gaseosa. Me serví un tazón de leche y extendí sobre la mesa el periódico de mi vecino. Al menos iba a disfrutar de esta leve apropiación. A través de la radio se oyó el ruido que hizo el locutor al descorchar la botella. Afirmó que, aun sin ver la etiqueta, no hubiera dudado en declarar que era un rioja de nueve años, y que eran operaciones fundamentales oler el corcho y observar la limpidez del vino. Hizo una pausa para beber. En la crónica de sucesos del diario anunciaban con grandes titulares las actividades de una insólita banda. Actuaban siempre en locales muy concurridos, y anunciaban su presencia, en un alarde de orgullo criminal, con una granada de humo rosado. La policía aseguraba seguirles la pista, pero cada día desvalijaban los malhechores a las multitudes reunidas en lugares públicos, como salas de cine y vagones de subterráneo. Leí

atentamente la noticia, pues me encontraba ligado, por el azar de mi nueva e ingobernable afición, a la suerte de aquellos virtuosos rateros. Cuando salí de la cocina el locutor descorchaba otra botella y gritaba, enardecido, que Jesucristo no sirvió gaseosa en el cáliz.

* * *

—Policía —dijo el corpulento.

—Sí, policía —repitió el otro.

Lamenté haber abierto la puerta. Los dos hombres me mostraban unas tarjetas que no me entretuve en leer, pues estaba analizando las posibilidades que tenía de escaparme.

—No he hecho nada —afirmé para ganar tiempo.

—De nada se le acusa —dijo el corpulento.

—Sí, de nada —repitió el otro.

Sorprendido, aunque más tranquilo, les pregunté el motivo de su visita.

—Alguien desea hablar con usted —murmuró el corpulento.

—Alguien importante —precisó el otro.

Pedí que me dejaran cambiar de ropa y les invité a esperarme en el salón. Rechazaron un refresco, pero no titubearon ante mis pequeños habanos. Juré no volver a ofrecerlos mientras iba hacia el dormitorio. Me puse un traje gris y el abrigo de camello. Luego cerré el armario, y escondí la llave en el interior de una zapatilla. Al entrar en el salón sorprendí al policía corpulento con el retrato de Liernia entre las manos.

—Una chica guapa —comentó.

—Sí, una chica guapa —repitió el otro desde el sofá.

Salimos de mi apartamento sin añadir nuevos comentarios. Subimos a un coche aparcado sobre la acera. El policía corpulento se sentó al volante, y el otro a su lado. Yo me instalé detrás. Pensé en la risa de Liernia, tan fresca que parecía tener el cuerpo lleno de agua, y en lo que pensaría mi amiga si supiera que me había convertido en un carterista. Lo cierto era que no podía contenerme, y que este placer, tan nuevo para mí, se había impuesto sobre cualquier otro. Pero estas consideraciones no me impidieron advertir que el segundón manipulaba el espejo retrovisor. Sus ojillos buscaron mi rostro, y noté, alarmado, que me temblaban de nuevo las manos.

* * *

Los policías esperaron conmigo frente a una puerta de cristales opacos. Advertí que estaban nerviosos, pues el corpulento había sacado un rosario y rezaban en voz baja. Cuando se abrió la puerta me empujaron con decisión al interior del despacho. Un hombre idéntico a Dick Powell observó en silencio nuestra entrada, encendió un puro con meticulosa parsimonia, y murmuró un saludo que no pude entender. Los policías me hicieron sentar frente a la gran

mesa de su jefe y se retiraron hacia los ventanales. Dick me miraba en silencio. Cuando su gesto torvo se transformó en pálida sonrisa, comprendí que iba a hablar.

—¿Cuántos robos ha efectuado? —me preguntó a quemarropa.

Estuve a punto de desmayarme.

—No se preocupe —continuó—. Si colabora con nosotros no se le acusará de nada. Hace cosa de dos semanas acudió usted a un local público y fue testigo de un pequeño sabotaje. ¿Cierto?

—Sí —contesté.

—Sí, Comisario.

—Sí, Comisario —accedí.

—Bien. Hubo una pequeña explosión que dio origen a una humareda de color rosa. A partir de ese día usted ha sustraído, con mayor o menor fortuna, todo lo que ha caído en sus manos. ¿Cierto?

—Cierto, Comisario, pero...

—No se defienda a ciegas —me cortó—. La explicación se la voy a dar yo. Ese humo contiene un producto químico cuya naturaleza aún no hemos podido averiguar, y que actúa en el cerebro. La persona que lo respira padece de inmediato un ataque de cleptomanía. Ignoramos cuánto dura el efecto, así como los motivos del misterioso saboteador.

—Entonces, la banda...

—No existe. Los robos se producen entre el público afectado por el humo.

—¿Y cómo han sabido que yo...?

—Su jefe, un tal... —examinó un papel—, un tal Urrutia, ha puesto una denuncia contra usted. Por lo que se ve, no ha parado de sisar en los últimos días. Consultados sus antecedentes, hemos supuesto de inmediato que había sido víctima de ese extraño producto.

—Ahora lo entiendo... Me tiemblan las manos.

—Debe colaborar con nosotros por su propio bien. Hemos de atrapar a esa especie de químico psicópata. De otra manera resultará muy difícil encontrar el antídoto.

A espaldas del comisario, el policía corpulento intentaba saltar por la ventana. El otro lo contenía a duras penas. Desde el exterior, la calle nos ofrendaba una sinfonía del tipo que gustaba a Liernia. Recordé las inaguantables audiciones de música de Schönberg, de Liebermann. Escuchando esa música Liernia se olvidaba de reír.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Frecuentar locales públicos. Nos faltan hombres, y no podemos arriesgarnos a convertir la plantilla de policía en una hueste de cleptómanos. Ayer soltaron el humo en la inauguración de una muestra retrospectiva de Picasso. Desaparecieron la mitad de los cuadros, y sabemos que dos de ellos están colgados en la oficina del alcalde. Ya es mucha la gente afectada.

—¿Y si encuentro al saboteador?

—No lo pierda de vista, y avísenos.

—Si colaboro, no se me acusará por los robos.

—No.

—No, señorito —protesté, vengativo.

El comisario se puso pálido. Luego estalló en una potente carcajada. Los policías interrumpieron su forcejeo junto a la ventana para corear su risa. Dick se puso en pie y me acompañó hasta la puerta.

—Es usted un hombre de carácter —exclamó con sincera afabilidad—. Espero sus noticias.

Nos dimos la mano. Cuando retiré la mía, él permaneció con la suya extendida.

—Devuélvame el cenicero —murmuró, benévolo.

* * *

Al verme entrar, la recepcionista soltó un grito y perdió el sentido. Aproveché la ocasión para robarle su agenda de teléfonos, un lápiz de labios, y un espejo que reproducía en el reverso la pagoda del emperador Husuan-Tung. Me encaminé con naturalidad hacia mi mesa, pero aprecié una atmósfera adversa. El botones se esfumó en dirección a la oficina del señor Urrutia, y comprendí que mi culpabilidad se había hecho pública. Mis compañeros se negaban a saludarme, y todos me observaban con una mezcla de curiosidad y desprecio. No había desenfundado aún la máquina de escribir cuando el director entró en la sala. Reclamó mi atención con un carraspeo, y me pidió que le acompañara a su despacho.

Cuando abandoné la administración, un par de secretarias daban sales a la recepcionista. La policía había intercedido en mi favor, y el señor Urrutia, después de consolarme por mi enfermedad, me había concedido una excedencia de dos meses. Regresé paseando a mi apartamento. La portera, cuando crucé sus dominios, emitió un prolongado gruñido de advertencia. Comprobé de un vistazo que estaba bien atada, y le tiré un adoquín que había cogido de unas obras. La señora espumeaba rabiosa, pero la cadena aguantó sus tirones. Ascendí la escalera. ¿Qué habría dicho la policía al señor Urrutia? ¿La verdad? Lo dudaba. El teléfono empezó a sonar cuando me quitaba el abrigo. Descolgué el auricular.

—Soy el comisario —dijo Dick—. Olvidé decirle una cosa. Todos los que como usted colaboren con nosotros, deberán llevar siempre un clavel azul en la solapa. Así podrán identificarlos mis hombres.

—¿Un clavel azul? —repliqué— Es una idea espantosa.

—¿Ha visto usted alguna vez a alguien con un clavel azul en la solapa?

Tuve que reconocer que no.

—Con eso me basta —gruñó.

Debió de tirar el auricular al suelo, porque la comunicación se cortó tras un breve estruendo. Me quité las botas, y fui al dormitorio a por las zapatillas. Un bulto molesto me recordó que había guardado allí la llave del armario. Como

no sabía dónde esconderla, regresé con ella al salón. La metí en un jarroncito que contenía flores secas mientras intentaba hacerme a la idea de que iba a disfrutar de dos meses de vacaciones. Decidí telefonear a Liernia. Si debía frecuentar lugares públicos, más valía hacerlo acompañado. Me cité con ella en el bar Velódromo, a las nueve. Luego llamé a la floristería y pedí que me enviaran un ramo de claveles azules. Puse en marcha el televisor, y me dormí acunado por un discurso presidencial. Los rumores eran falsos. Los rumores, falsos. Incrementa la afición de los militares por el béisbol.

* * *

Liernia estaba encantadora. Lo primero que vi fueron sus piernas, enfundadas en unos leotardos. Luego su sonrisa. Me dio un beso fugaz, pues estaba ofendida por el tiempo que había pasado sin llamarla. Mantenía abierto sobre su regazo un ejemplar de los cuentos galantes de Maupassant.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Debe de ser divertido, muy divertido! —dije, rememorando el final de uno de los cuentos— Ya sólo te excitan los libros.

Soltó una risa acuática, y deslicé una mano en torno a su cogote. Se dejó besar de nuevo, esta vez con un poco de pasión.

—Los que no me excitan —replicó en cuanto la dejé libre— son los individuos que se adornan con estas cosas.

Señalaba el clavel. Tuve que decir que era una promesa, y Liernia, encantada por mi insensatez de prometer semejante cosa, olvidó su enfado. Cenamos en un restaurante lleno de neones y de clientes. La luminotecnia de tubos, fantasmagórica, se repetía en las pupilas brillantes de mi amiga, que me hablaba de vampiros. Pensé que, entre el local y nuestra conversación, hubiéramos podido inspirar una escena a Brian de Palma. La tensión la ponía yo, que no olvidaba mi designio detectivesco. Liernia me hablaba de los factores lésbicos que hacían tan atractiva a Carmilla, la vampira de Le Fanu, mientras yo vigilaba a la clientela. Pasó junto a nuestra mesa un hombre obeso vestido con un traje a rayas. Llevaba un clavel azul en la solapa. Me hizo una seña fugaz con la mano y se apresuró a alcanzar la puerta. Detrás de él salió un camarero, gritando.

No hubo humareda. Decidimos ir al cine, y Liernia, motivada siempre por sus mitos personales, quiso ir a admirar a Giancarlo Gianini. Nos sentamos en la última fila, y me mantuve atento a los movimientos del público. Tampoco allí ocurrió nada. Cuando salimos a la calle, el contacto con el cuerpo de Liernia, que se había cogido a mi brazo, me trajo a la memoria el recuerdo de su piel. Sabía que ella nunca admitiría una propuesta de placer, pues Liernia creía que el sexo debía brotar de forma espontánea. Opté en consecuencia por forzar la espontaneidad, y paré un taxi. Liernia consintió que la llevara a mi apartamento, y en el camino, como muda respuesta a la pregunta que yo no había formulado, me cubrió una mano de besos. Abrí una botella de champagne y puse un disco de Vinicius de Moraes. Liernia volvió a reírse y

pensé que, efectivamente, debía de estar llena de agua muy fresca.

—Eres asquerosamente clásico —sentenció.

—La Pavlova no baila con bata y pantuflas —me defendí— Todos necesitamos un poco de escenografía.

Brindamos en silencio, y la besé lentamente. Al abrazarla, sus senos me transmitieron una respiración agitada.

—¿Por qué llevas el clavel? —preguntó de súbito, como temiendo ceder con demasiada rapidez.

Sus ojos, muy brillantes, reflejaban aún las luces de los neones. Advertí que un solo roce de mis dedos bastaría para hacerla gemir. No era el momento, pero pensé que debía decirle la verdad.

—Estoy buscando al individuo que tira las bombas de humo. El clavel lo llevo para que me identifique la policía.

Su cuerpo se puso rígido.

—¿Colaboras con la bofia?

—No tengo más remedio. Ya te explicaré...

Pero Liernia se había separado de mí. Recogió su abrigo sin decir palabra, y me miró con desprecio. Ya eran demasiadas miradas de desprecio. La alcancé cuando llegaba a la puerta, y la retuve por la fuerza. No me costó esquivar sus bofetadas. Cuando pude inmovilizarla, la arrastré de nuevo al salón.

—¡Quiero que veas algo, estúpida! —grité.

Ella se debatía con fiereza. Busqué en el jarrón en donde había escondido la llave del armario, y pude ver, horrorizado, que había puesto allí los claveles. Recordé haber vaciado el jarrón en la basura, y llegué hasta el cubo con Liernia a cuestas. Esparcí la porquería por el suelo y la removí hasta encontrar la llave. Fui entonces al dormitorio, y abrí el armario. El producto de mis robos lo llenaba ya por completo.

—¡Mira eso! El humo rosa contiene un producto que provoca cleptomanía, y yo soy uno de los afectados. ¡Mira el botín!

La solté. Al verse libre, Liernia se revolvió. Respiraba con dificultad y me miraba con odio. Sentado en la cama, supe que no se atrevería a pegarme.

—No quiero volver a verte —murmuró iracunda—. Juro que nunca volveré a verte.

Me dio la espalda. Pude oír sus pasos en el salón, y el ruido de la puerta al cerrarse. Caminé hasta la cocina, y me serví un vaso grande de ginebra. Lo bebí de un solo trago, y su entrada abrasadora en el estómago me sirvió de tranquilizante. Ya eran demasiadas miradas de desprecio. Todo el mundo me miraba con desprecio. Sonó el timbre de la puerta. Fui a abrir, un tanto sorprendido. Liernia, en el rellano, parecía abatida. Pude ver la luz de los neones en sus ojos, y el agua, tan fresca, en el interior de su boca.

—Tengo la piel muy suave —murmuró.

* * *

Llevaba una semana de búsqueda infructuosa. Liernia, puesta al corriente, me acompañaba a menudo en mis correrías entre las multitudes, y registraba con meticulosidad de contable el producto de mis robos. También, dado que yo estaba siempre de ronda, me ponía al corriente de los últimos sucesos. Algunos días aparecía a media mañana, iluminada y eufórica, para decirme que habían desaparecido las agujas del reloj del Banco Central, o los galgos del canódromo. Otras veces era por la noche. Cuando regresaba de mi recorrido la encontraba acostada en mi cama, dormida. Al sentir mi cuerpo murmuraba que había llamado el comisario, o me informaba con un hilo de voz de los últimos actos de rapiña. De nuevo dormida, la acariciaba suavemente, y Liernia me revelaba parte de sus sueños.

A medida que transcurría el tiempo encontraba más personas con el clavel azul en la solapa. Incluso un periodista, que debía carecer de temas importantes con los que entretener su pluma, escribió un artículo, titulado «Una moda hortera para los tiempos modernos», que estuvo a punto de convertir nuestro signo distintivo en atributo indispensable de los jóvenes elegantes. Fue precisamente la mañana dominical en la que descubrí ese artículo cuando robé la bolsa de plástico negro. Había quedado con Liernia para comer en el Amaya, y me senté en una terraza de las Ramblas con la intención de leer el diario. Así lo hice durante un rato, pero mi impulso cleptómano desvió mi atención hacia la mesa contigua. Un individuo de rasgos afilados, vestido con traje y sombrero negros, observaba abstraído a los que paseaban entre los kioscos de revistas y los puestos de flores. A su lado, en el suelo, estaba la bolsa. Supe de inmediato que no podría resistir la tentación. Doblé el periódico mientras me levantaba, y caminé hasta el primer kiosco, en donde me entretuve observando las revistas. Mi víctima permanecía inmóvil. Di un pequeño rodeo para aproximarme a él por detrás. Cogí la bolsa por la correa, y me la colgué del hombro. Crucé la calle lo más rápido que pude, y ya desde el otro lado miré hacia la figura inmóvil. El terror me dejó paralizado. El hombre de negro, vuelto hacia mí, alzaba un brazo como para detenerme por medio de algún extraño conjuro. Sólo cuando vi que se levantaba pude sincronizar el movimiento de mis piernas. Corrí en dirección al mar, y me metí por la primera callejuela que accedía a las Ramblas. Giré luego a la izquierda, mientras dirigía una rápida mirada hacia atrás. Allí estaba la silueta negra, tan flaca que parecía que se le fueran a desprender los huesos. Me perseguía en silencio, como si estuviera dispuesto a resolver el problema por sus propios medios. Sentí un miedo intenso, gélido. Descolgué la bolsa de mi hombro, y al pasar frente a un portal abierto la tiré hacia el interior. Pude oír un ligero estallido, como si un cristal se hubiera hecho pedazos, pero no me detuve. Al llegar a la primera esquina volví a mirar hacia atrás. Una señora, vestida con una bata, me observaba con desconfianza. Pensé que iba a gritar, pero el asombro me había dejado inmóvil. Del portal en donde había tirado la bolsa brotaba una gran humareda de color rosa. Aún alcancé a ver la silueta negra, que desaparecía por el otro

lado de la calle. Me puse de nuevo a correr en persecución de mi perseguidor. Recorrí diversas callejuelas, regresé a las Ramblas, y estuve paseando durante largo rato. Cuando comprendí que la búsqueda era inútil me encaminé hacia el restaurante. Liernia estaba por los postres, y me dirigió una mirada glacial.

Pedí salmón.

* * *

Llamé por teléfono al comisario, y me citó en su despacho. Liernia se había encontrado con una amiga en el restaurante, y las dejé enlazadas en una conversación inacabable. Cuando salí del Amaya, todos los camareros se habían congregado en torno a su mesa, interesados por sus confidencias. Anduve hasta el cubículo de la policía. A la hora convenida llamé a la puerta de cristales opacos.

—No está bien trabajar en domingo —dije a modo de saludo.

—Tampoco está bien robar, y usted no hace otra cosa —contestó el comisario—. ¿Por qué deseaba verme?

—He estado a punto de atrapar a nuestro hombre

El comisario se levantó. Sus ojos mostraban una ansiedad desmesurada.

—¿Lo ha visto? —preguntó.

—No contestaré a esa pregunta. Es absurda.

A una señal del comisario, uno de sus subordinados abandonó la oficina.

—He hecho llamar al especialista en retratos —me aclaró—. Explíqueme cómo ha sido.

—Esta mañana, en las Ramblas. He robado una bolsa de plástico negro y su dueño me ha seguido. Yo estaba muy asustado, y al pasar junto a un portal la he tirado hacia el interior. De inmediato ha brotado una humareda rosa... El individuo ha emprendido la fuga, y me ha sido imposible encontrarlo.

El subordinado entró de nuevo en la oficina. Lo acompañaba un hombre vestido con una bata llena de manchas. Se cubría la cabeza con una boina, y sus ojos parecían otear el futuro. Desplegó un caballete de campaña, y fijó una tela en blanco. Luego abrió un estuche de madera y sacó diversos tubos de óleo. Extendió los colores sobre una paleta.

—Estoy preparado —anunció—. Describan al asesino.

El comisario me apremió con las manos.

—Era un hombre alto, muy flaco, vestido de negro —comencé—. Tenía la nariz afilada, y los labios...

—¡No! —me interrumpió el especialista—. Así no lo conseguiremos. Tiene que comparar sus rasgos con los de actores, políticos, gente conocida.

Intenté memorizar las numerosas películas que había visto durante las últimas semanas. Un rompecabezas de imágenes y de rostros inundó mis recuerdos.

—Tenía los ojos de Jack Nicholson —dije—, y la nariz de Luis Escobar, muy aparatosa. Los pómulos parecían los de Charlotte Rampling, aunque

desprovistos de sensualidad, y la boca era idéntica a la de Nicholas Ray en esa película tan tétrica de Wenders. Era la imagen antagónica de Isabelle Adjani.

El especialista se había entregado a su trabajo con frenética pasión. Los pinceles volaban entre sus dedos, y la rasqueta, que utilizaba a menudo, hacía crujir la tela. El comisario y yo jugamos a las damas para entretener la espera. Estaba a punto de ganarle la tercera partida cuando el especialista giró el caballete para mostrarnos la obra terminada.

—¡Es el hombre! —grité—. ¡Es idéntico al hombre de la bolsa!

—Por supuesto —murmuró el pintor, ofendido.

—Es usted un mago —le dije para calmarlo.

—Y usted un buen fisonomista. Su descripción era muy clara... Habrá observado que el comisario es una copia de Dick Powell.

Recogió su material, y dejó el cuadro apoyado en un archivador.

—No toquen la pintura —añadió—. El óleo tarda mucho en secarse.

* * *

Liernia me esperaba sobre una Vespa de alquiler. Había cargado tanto equipaje que el motor ocultaba la rueda de atrás. Mi amiga parecía dispuesta a raptarme, y decidí seguir sus deseos. Me senté entre la bolsa de los libros y la cesta con las provisiones. En la primera curva perdimos la mitad de los bultos, y la Vespa, que se había vuelto encarnada, recobró su color verde pálido. Liernia me explicó al entrar en la autopista que le habían prestado un apartamento en Cadaqués. La escapada, según ella, iba a durar cuatro días maravillosos.

El primero resultó, cuando menos, estremecedor. Nos detuvimos diecisiete veces, unas para satisfacer placeres y otras para aliviar necesidades, y llegamos a Cadaqués de madrugada. Al descargar la moto pudimos advertir que había adelgazado considerablemente. Subimos el equipaje al apartamento, y nos tumbamos en la cama sin desvestirnos. De inmediato nos quedamos dormidos.

Me despertó Liernia. Estaba fresca y activa, y me pregunté de dónde sacaba tanta energía. Conseguí tiempo para ducharme antes de que mi amiga me arrastrara a un largo paseo. Visitamos el pueblo y nos perdimos por la costa. Liernia se desnudó entre las rocas y le saqué fotografías. Regresamos para comer. Yo no paraba de renegar de este tipo de excursiones, pero mi compañera parecía entregada a una vitalidad sin límites. Preparó una paella de tamaño exagerado, y tuvimos que hacer yoga para poder deglutirla. Decidimos acostarnos. Estaba a punto de desvanecerme, pero Liernia me obligó a poseerla varias veces. Cuando nos levantamos era ya de noche. Liernia propuso salir a tomar una copa. Quise rebelarme, pero ella parecía muy segura de sus planes. Pensé, por otro lado, que un poco de alcohol no me sentaría mal. Vaciamos una botella de coñac en sucesivos *cremats*. Cuando por fin nos acostamos, estábamos ebrios los dos, y de nuevo amanecía.

—Ya hemos satisfecho el ritual —murmuró Liernia, casi dormida—. Ahora podremos descansar.

Mi amiga cumplió su promesa. Los tres días restantes fueron en verdad maravillosos.

* * *

Alguien había deslizado una nota bajo la puerta. Deposité los bultos en el suelo y recogí el papel. Era del comisario, que deseaba hablar conmigo. Liernia entró en el apartamento con el resto del equipaje.

—Voy a devolver la moto —se despidió—. Te quedas con mis cosas. He dejado el piso, y pienso instalarme aquí una temporada.

Cuando encontré la respuesta, Liernia había desaparecido. Me sentía muy molesto, aunque halagado. Mi amiga deseaba vivir conmigo y actuaba de forma progresiva. Decidí consentirlo por unos días. Pasados éstos, la echaría sin contemplaciones. Fui hasta el teléfono y marqué el número de la comisaría.

—¿Dónde se ha metido? —me saludó Dick— Llevo dos días buscándole.

—He estado en Estambul siguiendo una pista.

—Olvídela. El caso está resuelto. No habrá más bombas de humo.

—¿Y mi enfermedad? Sigo robando todo lo que veo.

—No se preocupe. Le avisaré en cuanto se encuentre el antídoto. Ahora tómese unas vacaciones. Haga un viaje.

La línea se cortó. Dick había colgado. Me encaminé hacia la cocina, y me serví un gran vaso de ginebra. No podía creer que todo terminara de forma tan brusca. Tenía la impresión de que el asunto, contra lo que afirmaba el comisario, no estaba aún aclarado. Bebí el contenido del vaso y regresé al salón con la botella de ginebra. Algo, un presentimiento desagradable, me sumía en un profundo malestar. Conecté el televisor en espera de que volviera Liernia. Vi sobre la mesa el ramo de claveles azules. Estaba mustio, y pensé que debía renovarlo. El caso estaba resuelto. No acababa de creérmelo. De cualquier manera, decidí, conservaría el clavel en la solapa.

* * *

Liernia acarició la moto, y se la entregó al empleado de la agencia. El hombre tomó asiento para meditar el precio.

—La tarifa es insuficiente —murmuró—. La moto está agotada. No podré alquilarla en una semana. Es usted una salvaje, señorita.

Acordaron un precio. Cuando el pago se hubo efectuado, el hombre le dio una bujía.

—Es un regalo de la casa —dijo.

Liernia se encaminó hacia una parada de autobuses. Un rato después saltaba del vehículo, en una plaza diminuta. Entró en el portal de un edificio antiguo.

Mientras ascendía las escaleras buscó la llave en el bolso. Un hombre esperaba en el rellano. Era corpulento, pero estaba sin afeitar y parecía muy cansado.

—¿Viene a ver el piso? —preguntó Liernia—. Soy la antigua inquilina.

—No. La espero a usted.

El hombre se sentó en un escalón. Liernia le interrogó con la mirada.

—Policía —dijo el hombre—. Llevo dos días esperándola. No puedo más.

—Dígame qué desea.

—Vengo de parte del comisario. Quiere que hable usted con su amigo. Ese del clavel azul.

Liernia abrió la puerta de la vivienda. Indicó al hombre que la siguiera y desapareció en la cocina. El policía se sentó junto a una mesa de madera llena de incisiones mientras la chica descorchaba una botella de absenta. Sirvió dos vasos.

—Beba —ordenó Liernia—. Le sentará bien.

El hombre acabó de inmediato con el licor.

—Había olvidado que estoy de servicio —dijo—. Póngame un poco más.

Liernia rellenó el vaso en silencio.

—El comisario quiere que hable usted con su amigo. El caso está resuelto, y su colaboración ya no es necesaria. Debe convencerle de que abandone la búsqueda.

Liernia dejó la botella sobre la mesa.

—Descanse —dijo, y salió de la cocina.

Guardó en una maleta las cosas que aún conservaba en aquel piso. Hizo un último recorrido por ver si olvidaba algo, y cerró los postigos de las ventanas. Regresó a la cocina. El policía se había dormido reclinado sobre la mesa. Liernia salió de puntillas, y cerró la puerta sin hacer ruido. Una vez en la calle, paró un taxi. El conductor la ayudó a cargar la maleta.

Cuando entró en mi apartamento, llamó su atención un leve chisporroteo. No tardó en averiguar su origen. El televisor se había desplomado, y sus lámparas desprendían una pequeña verbena. Liernia desenchufó el aparato, que tuvo un último estertor. Contempló los estragos producidos por mi abandono. La botella de ginebra había vertido su contenido sobre la alfombra. Yo dormía en el sofá, con la boca abierta.

«Todo el mundo se duerme», pensó Liernia.

* * *

Esperé en vano la llamada del comisario. Pocos días después de nuestra llegada se presentaron en mi apartamento varios hombres vestidos con monos de trabajo. Reunieron todo el producto de mis robos, clasificado meticulosamente por Liernia, y lo cargaron en una furgoneta que les esperaba en la calle. Dijeron trabajar por cuenta de la policía, y me presentaron un recibo para que lo firmara. Mientras lo hacía pensé que era una locura firmar

un recibo por la entrega de algo que no me pertenecía. Esperaba que me transmitieran algún recado de la comisaría, pero los trabajadores se retiraron sin darme más explicaciones.

Liernia, por su parte, se había instalado en mi biblioteca. Argumentó, con una candidez que no dejó de sorprenderme, que su estancia en mi casa iba a ser breve, y que por lo tanto no valía la pena buscar un acomodo más estable. Supuse que no se atrevía aún a tomar posesión de mi dormitorio por miedo a que su descaro provocara mi cólera. Todas las noches esperaba ver su silueta recortada en el marco de la puerta, y su contemplación anticipada me impedía dormir. Pero esta espera también resultaba inútil, y todas las noches acababa por colarme en la biblioteca. Liernia me recibía sin queja, cariñosa, y se dejaba acariciar. Por las mañanas me despertaba cansado, aterido por el frío, y de un humor insoportable. Liernia me había arrastrado una vez más fuera de mi dormitorio, a sus dominios en apariencia pasajeros.

Pero lo cierto es, debo reconocerlo, que con Liernia mi apartamento se volvió más habitable. Mi amiga no era una mujer ordenada, pero de ella emanaba un perfume que se esparcía por todos los rincones. Con Liernia crecieron plantas entre los muebles. Compró varios ficus enormes y un tronco de Brasil que llegaba hasta el techo. Luego consiguió varios geranios, un par de hortensias, y una colección de macetas que parecía una antología de la floricultura. Decidí que debía echar a Liernia antes de que transformara mi apartamento en un jardín botánico. Pero nunca encontraba el momento de hacerlo porque su presencia totalizaba un ambiente cálido, suavemente vertiginoso.

* * *

Absorbido por mis relaciones con Liernia, había casi olvidado el asunto de la humareda. Salíamos poco, aunque me veía obligado a dar un paseo diario para satisfacer mis necesidades cleptómanas. Solía coger algún transporte público, en donde es más fácil aproximarse a la gente, o me internaba en grandes almacenes y en parques llenos de jóvenes madres distraídas. Fue en uno de estos paseos cuando volví a verle.

Caminaba yo por una avenida ancha, un poco apresurado pues acababa de hacerme con el billetero de una dama, y me crucé con tres hombres. Anduve aún varios pasos, pero uno de sus rostros se había grabado en mi retina. Me volví, alarmado, y de inmediato reconocí la silueta flaca del hombre de la bolsa de plástico. Gesticulaba ampliamente y se mostraba enfurecido, aunque no pude oír sus palabras. Los otros dos, tan altos como él pero de complexión más fuerte, parecían fascinados por el dibujo de las baldosas. Me quedé petrificado. Si aquel hombre estaba libre, la policía había detenido a un inocente. Debía actuar de inmediato. Volví sobre mis pasos y me mantuve a poca distancia de los tres hombres. Estos se detuvieron junto a un Mercedes de color gris. Me apoyé en un árbol para encender un cigarrillo. Lamentaba no

haber comprado el diario, que tan bien justifica el que un hombre esté inmóvil en la calle. Subieron al automóvil. Cuando vi que lo ponían en marcha me aventuré en la calzada. Un taxi se acercaba lentamente. Lo detuve en el momento en que el Mercedes arrancaba.

—¡Siga a ese coche! —grité al conductor.

El taxi se situó con un rápido acelerón detrás del Mercedes. Doblamos por una calle estrecha y salimos a otra avenida. El conductor aprovechaba los semáforos en rojo para liar un cigarro. Me pasó una bota de vino.

—Beba un trago. Tintorro del bueno —me dijo—. Esto me gusta, ¿sabe? Estoy hasta los cojones de clientes aburridos.

Dimos la vuelta a una plaza. El interior del taxi se había llenado del humo espeso de la picadura. Estábamos en el puerto, y el Mercedes enfiló el paseo de Colón.

—La cosa se pone fea —murmuró el taxista—. Como acelere, lo perdemos.

La predicción era exacta. El Mercedes se despegó de nosotros y, aunque forzamos al máximo nuestro vehículo, pronto se perdió entre los demás automóviles. Aún pude ver el destello metálico de su carrocería a la izquierda de la avenida. Parecía dirigirse hacia la estación de Francia. Un semáforo se puso ámbar delante de nosotros, pero el taxista mantuvo el pie sobre el acelerador. Lo demás ocurrió en un instante. Vi una masa opaca que se nos cruzaba emitiendo una especie de alarido. Luego me sentí empujado con violencia, al tiempo que oía el estallido seco del choque. Cuando pude recuperarme observé que el taxista había atravesado el parabrisas. Su cuerpo cubierto de sangre yacía sobre el morro del automóvil. Encontré la bota de vino entre mis manos, y me la llevé a los labios. El tintorro consiguió templarme. Pensé que era un vino muy consistente. Un cariñena, con toda seguridad.

* * *

No conté a Liernia, por no preocuparla, mi encuentro con el saboteador. Tampoco dije nada al comisario. El azar me había entregado dos veces al hombre de la bolsa, y no podía arriesgarme a que la policía me impidiera perseguirlo. Detenerlo se había convertido para mí en una cuestión de honor y, como tal, en una obsesión que no podía rehuir. Por las mañanas, muy temprano, dejaba a Liernia en su cama improvisada en la biblioteca, y me dirigía a la avenida en donde había encontrado al saboteador. Durante el primer rato contemplaba el tráfago de la ciudad que se despertaba, pero unas horas después renacía la calma. Los viejos asomaban entonces por detrás de los árboles, y se tumbaban al sol como lagartos. Yo leía el diario, y esperaba. Un nuevo bullicio de automóviles me anunciaba que era la hora de comer. Sólo entonces me retiraba, y no sin mirar antes a ambos lados con la oculta esperanza de que en el último momento pudiera aparecer.

Así transcurrió una semana. En un principio había supuesto que aquel

recorrido era habitual para mi presa, pero empezaba a temer lo contrario. Meditaba sobre el plazo que debía concederme antes de poner el descubrimiento en manos del comisario, cuando volví a ver el Mercedes. Ascendía lentamente por la avenida con los tres hombres en su interior. Estuve a punto de parar un taxi, dispuesto ya a una nueva persecución, cuando vi que hacía señal de aparcar. Me oculté detrás de un kiosco. Los tres hombres descendieron y se encaminaron por el paseo. El de la bolsa de plástico parecía alegre. Advertí entonces que, obsesionado por encontrar a ese hombre, no había pensado lo que haría a continuación. Me limité a seguirlos, un poco asustado, pues tenía la convicción de que escondían armas en los bolsillos de sus abrigos. Se detuvieron para encender cigarrillos, y yo me entretuve observando el aleteo de una paloma. Tenía la mente en blanco, pero eso no me preocupaba. Cuando reanudaron la marcha acorté la distancia que me separaba de ellos. Podía oír sus voces, pero no entender lo que decían. Me disponía a acercarme un poco más, cuando entraron en un portal. Los vi coger el ascensor y me quedé inmóvil junto a la puerta, sin saber qué hacer. Pensé que me era imposible avisar a la policía, pues podían escapárseme durante mi ausencia. Luego advertí que había una cabina de teléfonos al otro lado de la calle. Crucé la calzada, pero una señora se me había anticipado. Cuando llegué a la cabina vi que había llenado el teléfono de monedas. Abrí la puerta con una patada.

—¡Tengo prisa! —grité—. ¡Fuera!

La cogí por los hombros y la expulsé de la cabina. Marqué el número del comisario. Mi rapidez no iba a servir para nada. En el momento en que descolgaban, los tres hombres salieron del portal. Solté el auricular. Al salir de la cabina, la señora me agarró por las solapas gritando. Le di un par de bofetadas para calmarla y la besé a continuación. Me desprendí de ella, y pude ver que su rostro había recobrado la paz. Los tres hombres paseaban de nuevo por la avenida en dirección al coche. No tuve tiempo para pensar. Me aproximé a ellos sin disimulo, y me sorprendió que no advirtieran mi presencia hasta que se produjo el encuentro. Tropecé con uno de los acompañantes, y mis manos, experimentadas por la enfermedad, se pasearon con facilidad por sus bolsillos. Encontré un objeto muy frío y lo sustraje con rapidez. Mis dedos se ceñían en torno a una pistola de gran calibre. La sostuve con las dos manos, paseando el arma a la altura de sus estómagos. Los tres hombres habían quedado inmóviles.

—*Leave it, guys!* —murmuró el de la bolsa— *He's* a *blockhead!*

Cogí al saboteador por la americana y lo atraje hacia mí. Apoyé el cañón de la pistola en su cabeza. Los otros dos hombres parecieron dudar, pero mi preso los detuvo con un gesto. Retrocedí con él hasta la calzada y mostré mi arma al primer automóvil que pasaba. Su conductor, al ver el ambiente, no quiso detenerse. Descargué un balazo sobre la carrocería. El proyectil atravesó una de las puertas, y el coche frenó en seco. Arrastré hasta allí al hombre de la bolsa y lo empujé al interior del vehículo. Subí tras él.

—Gracias, amigo —dije al conductor—. La siguiente te la hubiera alojado en la hipófisis.

* * *

El automóvil se detuvo frente a la comisaría. Obligué a descender a mi detenido, y cruzamos la acera sin decirnos palabra. El agente que guardaba la puerta montó el subfusil al ver mi pistola.

—Traigo un regalo para el comisario —anuncié— El fabricante de cleptómanos.

Entregué la pistola al policía, que acto seguido me detuvo. Nos condujo sin muchas contemplaciones hasta una habitación cuadrada que tenía dos bancos por todo mobiliario, y llamó al cabo. El hombre de la bolsa tomó asiento. Le miré fijamente. Parecía aburrido.

—Ya te he atrapado, maricón —le dije— Todos me miran con desprecio por tu culpa.

—*Shut up, you* —respondió—, *bloody cocksucker!*

Esta fue nuestra conversación. Poco después entró un nuevo agente y ordenó que le siguiéramos. No se detuvo ante la puerta de cristales, que estaba abierta. El comisario me recibió sin alegría. Un individuo obeso, con el rostro congestionado, se hallaba sentado junto a la mesa del policía.

—Este es el hombre —dije—. Lo he encontrado en la calle.

Con una amabilidad que consideré excesiva, el comisario ofreció asiento a mi cautivo. Luego pasó un brazo sobre mis hombros, y me acompañó hasta la puerta.

—Le supliqué que no interviniera —parecía deprimido—. Ya sabe, una detención implica ciertas formalidades. La cosa no es fácil. Esto no es Chicago, y mucho menos una película sobre Chicago. Deje el asunto en mis manos.

—De acuerdo, Dick, pero el culpable es éste.

—No se preocupe, que no se hará una injusticia. Le tendré al corriente.

La puerta de cristales opacos se cerró a mi espalda. Pude escuchar unas voces en el interior de la oficina, y me demoré, intrigado por su acento. Un agente me impidió seguir escuchando. Quería que le ayudara a trasladar un armario, pero le contesté una grosería.

* * *

Liernia había accedido a dormir conmigo. Tuve que insistir durante varios días porque mi amiga se mostraba reacia a entregarse tan por entero, y aun así mantuvo su cama en la biblioteca por si le apetecía dormir sola. Pudo haber sido una temporada espléndida de no mediar la espera que me mantenía en vilo. El comisario no me telefoneaba, y una sospecha turbia me absorbía con

creciente intensidad. Por las noches soñaba con el hombre del rostro congestionado, y en mis pesadillas veía la bolsa de plástico negro. Cuando iba a cogerla, el comisario se me anticipaba y desaparecía en el interior de una humareda de color rosa. Por las mañanas descubría que había robado a Liernia su parte de manta, y que mi amiga, tras despertarse entre ensoñaciones heladas, había optado por regresar a la biblioteca.

Pronto conocería el verdadero desenlace de la investigación. Mis esfuerzos por localizar al comisario sólo me reportaron breves excusas por parte de sus subordinados, y la ofensa que implicaba su silencio consiguió acabar con mi paciencia. Fue la primera mañana de primavera. Después de intentar inútilmente comunicar con Dick, me puse el abrigo, que aquel día no era necesario, y salí a la calle. El subterráneo me dejó cerca de la comisaría. Robé el diario, dispuesto a esperar al policía en la puerta de su cubil. El agente de guardia me informó, sin embargo, de que mi hombre llevaba largo rato en su oficina. Como suponía, la telefonista me había engañado. Ascendí la escalera y me planté ante la puerta de cristales opacos. La golpeé con energía, y el comisario en persona acudió a abrirla. Su rostro, colérico, expresaba su intención de insultar al que así irrumpía en sus dominios, pero al verme esbozó una sonrisa.

—Ha llegado la primavera —dijo—. He ordenado que traigan rosas.

Le aparté con una mano, y entré en la oficina.

—Vengo a pedir explicaciones —anuncié— He colaborado con usted, Dick. Me he jugado el pellejo para detener al saboteador. Quiero saber el motivo de su silencio.

—Se ha anticipado en unas horas —me contestó—. Pensaba llamarle esta noche. Tengo una buena noticia para usted.

Se acomodó de nuevo en su sillón, detrás de la mesa, mientras tranquilizaba con una mano a sus subordinados, que habían desenfundado las pistolas. Me senté frente a él. Intentaba mantener una expresión dura, pero sólo conseguía parecer arrogante.

—La Administración se ha preocupado por su salud. Usted ha sido víctima de un atentado, y no quiero ocultar mis desvelos para conseguir indemnizarlo de alguna manera.

Me tendió un sobre con mi nombre escrito a máquina. Contenía varios billetes de los grandes.

—Es una especie de pensión —continuó—. Deberá recogerla aquí cada final de mes. Dado que no es una concesión oficial, evitamos así que quede constancia. Además, podrá aprovechar usted su visita para traernos todo lo que haya robado. Nosotros lo entregaremos al departamento de objetos perdidos.

Guardé el sobre en un bolsillo del abrigo. Luego golpeé con el puño sobre la mesa. El comisario, tras un momento de duda, recogió los objetos que se encontraban al alcance de mi mano y los guardó en un cajón de su escritorio.

—Ahora quiero saber la verdad —murmuré.

—Usted me cae bien —le oí decir—. Es un hombre de palabra. Hubiera hecho carrera en el Cuerpo... Se la voy a decir a condición de que no la propague. Nosotros localizamos a ese individuo antes de que usted, con su ya habitual infortunio, decidiera detenerlo. Por eso intenté que se olvidara del asunto. El saboteador pertenece al consulado americano. Ya sabe, estas cosas de la diplomacia son muy difíciles. La embajada nos ha asegurado que será repatriado en breve, y ya hay científicos de su país trabajando con los nuestros para encontrar el antídoto. Pero de esto, ni una palabra. Ahora cuenta con nuestra protección. No lo estropee, o me veré obligado a detenerle por diversos delitos.

—¡Esto es chantaje! —grité, aturdido.

El comisario afirmó brevemente con la cabeza, y sacó el juego de damas.

—El otro día desaparecieron dos fichas —comentó—. No las llevará encima, por casualidad... Las sustituiremos por botones. Está usted perdido, amigo mío. Hoy me siento en forma.

* * *

Liernia preparaba su equipaje. Había vuelto a equivocarme, pues mi amiga nunca tuvo la intención de quedarse a vivir conmigo. La universidad de Berkeley le había concedido una beca, y Liernia me lo notificó pocas horas antes de irse. Mi indignación no alteró su voluntad. Puso en orden por última vez el apartamento, y me regaló sus plantas. Busqué todos los argumentos imaginables, pero Liernia estaba decidida. Pensé entonces que era una locura aventurar nuevas súplicas, pues tan sólo conseguía castigar mi orgullo. Era el momento, si lo hay, de mostrar una absoluta indiferencia.

Me senté frente al nuevo aparato de televisión. Era más grande que el defenestrado, pero tenía menos personalidad. Observé imágenes de un documental de guerra. El reportero avanzaba con las tropas hacia unas trincheras de las que llovían piedras. Una voz en off, monótona, me situó en la frontera de dos países asiáticos. Podíamos contemplar, anunciaba sin ningún énfasis, las imágenes de la victoria. Las fuerzas gubernamentales habían acabado con la guerrilla, condenada por la ignorancia de sus componentes. Aunque los rebeldes poseían un sofisticado armamento de origen soviético, no lo habían podido utilizar debido a que la mayor parte del material había desaparecido antes de la contienda. En el interrogatorio de los prisioneros, algunos de ellos confesaron haber robado fusiles y munición a sus secuaces, y mostraron a la cámara grandes alijos ocultos entre la floresta. Estuve a punto de desconectar el televisor, pero Liernia entró en el salón cargada con la maleta, y decidí mantenerme impasible. La cámara recogía a dos soldados atareados junto a un mortero. Lo hicieron explosionar, y la imagen abarcó el paisaje, una profunda depresión cubierta de fronda tropical. Se pudo oír una explosión lejana, y los soldados se interpusieron ante la cámara, saltando. Me puse de pie. Entre los brazos eufóricos de los soldados, agitada por el viento,

se alzaba una gran humareda de color rosa. De inmediato se cortó el reportaje, y el locutor, con una expresión acorde con la monotonía de su voz, emprendió la lectura de una nueva noticia. Me volví hacia Liernia. Mi amiga había dejado la maleta en el recibidor, y regresaba al salón para despedirse. Un impulso repentino me hizo callar lo que había descubierto. Permanecí en silencio, y la acompañé hasta la puerta. Liernia me besó largamente, cargó con su equipaje, y salió de mi apartamento. En sus pupilas brillaba aún, aunque casi extinguida, la luz de los neones.

* * *

Tal como acordé con Dick, una vez al mes acudo a la comisaría. Allí recibo mi emolumento y hago entrega del producto de mis robos. Al salir, el policía que guarda la puerta me registra, y siempre encuentra algún bolígrafo o mechero ajeno en mis bolsillos. Los días que hay suerte una agenda, o una pistola. Liernia me escribe a menudo. Está deslumbrada por los Estados Unidos. Afirma que es un gran país, y no lo dudo. Creo que a ella le ha tocado el lado mejor, y a mí el peor de nuestro tiempo. Me molesta haber servido de cobaya, pero encuentro consuelo al pensar que podía haber sido peor. El humo rosa, a fin de cuentas, no contenía un producto mortal. Además, aún gano a Dick a las damas.

NOTA

Unas últimas líneas, de agradecimiento. «Los guerreros de bronce» hubiera sido imposible sin los favores de Miguel Dalmau, del que he recibido además consejos de infinito valor. «En torno a Lizzie» pertenece casi por entero a Carlos Velilla, pues se basa en las muchas conversaciones que hemos mantenido sobre arte en general y sobre su obra en particular. Él me ha resuelto, asimismo, una serie de dudas atroces. «De nuevo Angeia» es de Manene, que ha sido la primera en leer estos relatos, y a la que debo agradecer su crítica, quizás en exceso apasionada y benévola.